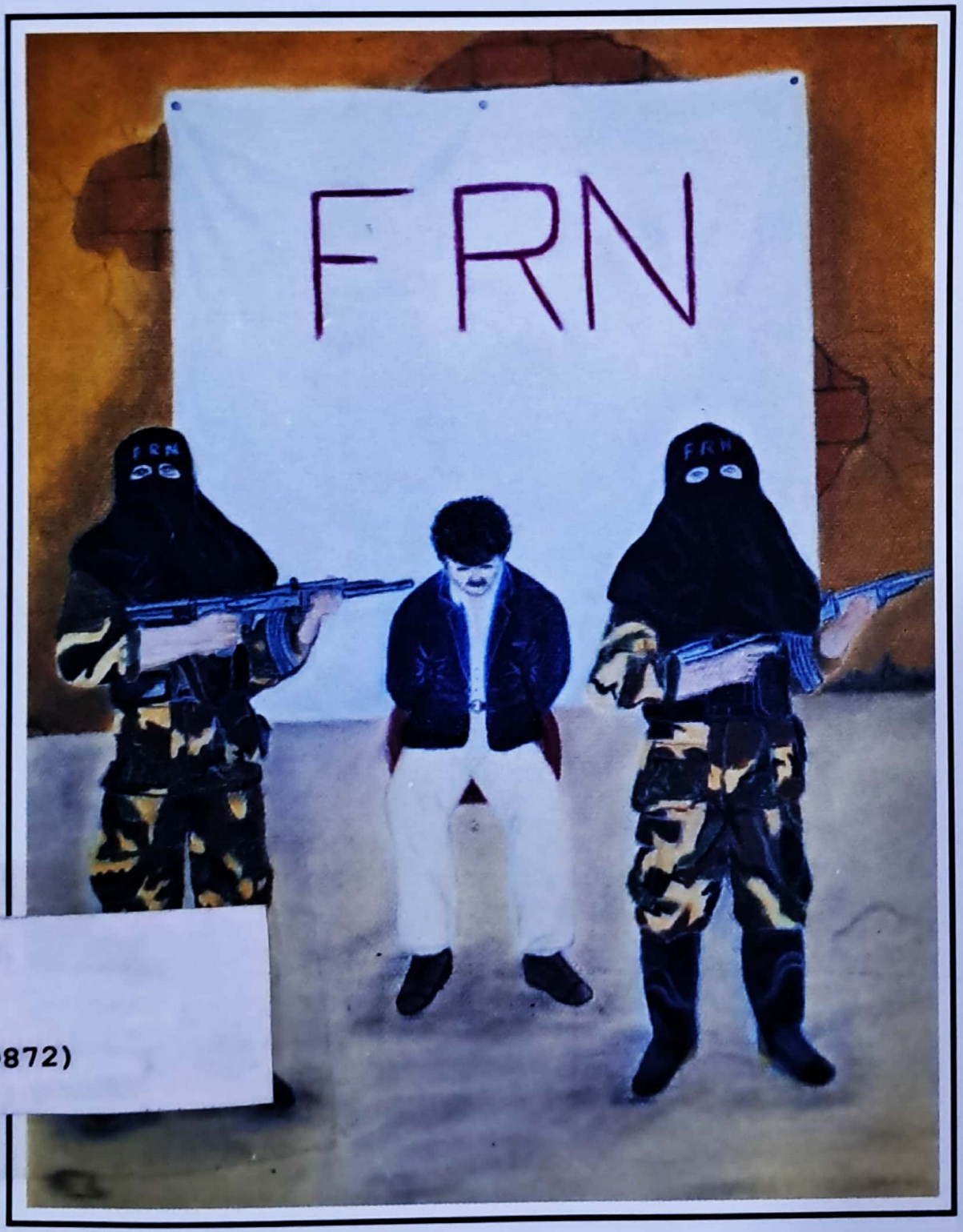
# EN CAUTIVERIO

## Y OTROS CUENTOS DE LO REAL Y LO IMAGINARIO

*Hernando Gómez Villarraga*




4420

(19872)

Powered by CamScanner

***Hernando Gómez Villarraga*** es una especie de autodidacta. Estudió filosofía y letras, pero rápidamente tuvo que abandonar esta carrera por las intrincables cosas del destino. Truman Capote comentaba que la mejor universidad es una biblioteca. Es el caso de H. Gómez V., cuya formación, como Dickens, Dumas y tantos otros autores universales, fue por esfuerzo propio a través de los libros.

Gómez Villarraga ha sido seleccionado para participar en los Talleres literarios del Encuentro Internacional de Escritores de Villavicencio, con la presencia de autores de Costa Rica, Perú, México, Cuba, Uruguay, Argentina y Guatemala. Actualmente es miembro del *Taller permanente de escritores del Meta.*

Jaime Fernández Molano, editor, periodista y autor de varios libros de poesía y cuento, que entonces dirigía la revista Oriente, lo presentó en sus páginas en la sección ENTRE NOSOTROS, y su visión de poeta le auguró un buen performance en la literatura.

H. Gómez V. (Villarrica 1953) reside en Villavicencio donde actualmente trabaja en su próximo libro.

***EN CAUTIVERIO y otros cuentos de lo real y lo imaginario,*** confirman el trabajo de alfarero de este escritor que sorprende con esta, su propuesta literaria.

Powered by CamScanner

Casa de la Cultura
Villavicencio

19872
Patrimonial (Ej.2)

Powered by CamScanner

813.4420
G65

# *EN CAUTIVERIO*

## *y otros cuentos de lo real y lo imaginario*

compra 2010 $30.000 #P 19872

Powered by CamScanner

*Hernando Gómez Villarraga*

# *EN CAUTIVERIO*
## *y otros cuentos de lo real y lo imaginario*

Powered by CamScanner

Título original: *EN CAUTIVERIO y otros cuentos de lo real y lo imaginario*

Primera edición: agosto de 2000

© Hernando Gómez Villarraga, 2000

Portada: Liliana Gallego
Foto del autor: Constantino Castelblanco

ISBN: 958-95383-5-5
Hecho el depósito legal

Preprensa digital, diseño e impresión:
Fondo Editorial Entreletras

IMPRESO EN COLOMBIA
PRINTED IN COLOMBIA

Powered by CamScanner

# ÍNDICE


NOTA DEL AUTOR ..... 9

EN CAUTIVERIO ..... 11

EL SONIDO DE LAS VOCES ..... 25

PASAJEROS DE LA MUERTE ..... 35

TRAVESURAS ..... 43

CARITA DE MACACO ..... 49

IMÁGENES DE LA NOCHE ..... 61

UNA HISTORIA REAL ..... 71

ORSON FLANDES ..... 75

UN ARTISTA DEL CRIMEN ..... 85

UNA AVENTURA AMOROSA ..... 91

UN CASO DE HOSPITALIZACION ..... 105

LA MANSION DE LOS JUSTOS ..... 113

PICOPLATA ..... 121

VIAJE AL POBLADO ..... 125

LOS SUEÑOS DE RIQUELME ..... 133

EL TAHUR ..... 149

TODA MUJER TIENE SU HISTORIA ..... 155

LA CARRETERA ..... 167

EL HALLAZGO ..... 177

UN DIA EN EL FUTURO ..... 185


Powered by CamScanner

## *Nota del autor*

Han transcurrido hasta este mítico año dos mil más de dieciocho años desde que empecé a escribir mi primer cuento. Tres largos lustros corrieron para juntar por fin esta tanda de historias merecedoras de mis más grandes esfuerzos y desvelos.

William Faulkner decía que uno empieza garabateando poemas, sigue escribiendo cuentos y termina haciendo novelas; así que espero que a este le sigan otros libros; dos de estos relatos: «Aventura amorosa» y «Viaje al poblado», vieron la luz en la revista Trocha, que circuló por cerca de veinte años en todo el departamento del Meta y la Orinoquia, bajo la batuta del extinto periodista Leonidas Castañeda.

«EN CAUTIVERIO y otros cuentos de lo Real y lo Imaginario», título bajo el cual he reunido esta serie de relatos, no guardan una unidad en sí debido en parte al largo tiempo en que fueron escritos, pero en la diversidad también está la belleza. Sí, la hermosura igualmente procede de la variedad en la unidad, como el Cosmos. En todo caso he tratado de ser testigo de mi tiempo, desde mi lejana infancia hasta los días de hoy. Ernest Hemingway sostenía: «Yo he buscado siempre escribir mis cuentos según el principio del ICEBERG que tiene tres cuartas partes bajo el agua por cada una de las partes que muestra. Todo lo que se sabe se puede eliminar y es eso solo eso, lo que le da la fuerza al ICEBERG: la parte que no muestra». Lo cierto es que se parte de una idea, de un simple y sencillo



Powered by CamScanner

agujero en la oscuridad. Hay dos cuentos de ciencia-ficción: «Un día en el futuro» y «El hallazgo», que espero me dispensen por osar meterme en tan arduos caminos, pero las estrellas, los viajes interplanetarios y todo lo que tenga que ver con el futuro, me desvela y este es el resultado.

Cada relato guarda su propia fiereza, me refiero a lo complicado de su contextura. Unos más que otros. Creo que fue Edgar Allan Poe quien comentaba que todo lo fácil de leer es endemoniadamente dificultoso de escribir. Así amable lector, espero que estas historias no les sean del todo dificil de leer y que haya valido la pena mi dedicación, pues es una verdad que en literatura todo trabajo es más de transpiración que de inspiración.



Powered by CamScanner

# *EN CAUTIVERIO*

Powered by CamScanner

No sabía cuantos días llevaba de cautiverio; podrían ser quince o más, había perdido un poco la noción del tiempo. Lo cierto es que cada amanecer sospechaba iba hacer el último de su vida. Una y otra vez recordaba la escena sangrienta en que aniquilan a sus guardaespaldas a la salida del Capitolio cuando se disponía subir a la limusina; uno de ellos llevaba más de diez años con él, desde sus comienzos de senador. Se había casado recientemente y él había sido su padrino de matrimonio; Una ráfaga de metralla le desbarató el cráneo y él vio su cuerpo sin vida tirado sobre el pavimento en medio de un charco de sangre. Una mezcla de miedo y coraje le abrumó el corazón y al tratar de reaccionar le golpearon salvajemente perdiendo el conocimiento. Cuando volvió en si iba en una furgoneta con los ojos vendados, los labios resecos sedientos de sed, dolor en la parte occipital de la cabeza y una sensación de ansiedad y pánico.

Habían salido indudablemente de la ciudad y se desplazaban por una carretera de camino; el vehículo reculaba, patinaba, inclinándose a un lado y otro como si se fuese a volcar y a cada estrujón podía sentir el contacto de la gente que lo custodiaba. En una oportunidad quiso quitarse el vendaje, pero unas manos fuertes le atenazaron los brazos.



Powered by CamScanner

— No juegues con su vida, doctor —exclamó una voz a su lado.

— Muerto de nada les sirvo —le dio coraje a él al verse tan manipulado e impotente.

— Piense en su familia, en el país —barbotó otra vez la voz —. Todos lo quieren vivo.

El sentía que se ahogaba, que el aire le faltaba dentro del vehículo, quería un poco de agua para mojar sus resecos labios, empero no deseaba pedir clemencia a nadie y si había que morir esperaba hacerlo dignamente. Cerca de dos o tres horas estuvieron viajando, al bajar del vehículo empezó a tiritar. Advertía que había caído la noche pues la brisa se había vuelto más gélida y sentía a cada paso el ruido nocturno de los grillos y las ranas. Caminaron cerca de un cuarto de hora avanzando siempre por veredas pinas y escabrosas, hasta un sitio donde una jauría les salió al encuentro ladrando rabiosamente; se sentía cansado, mareado, respiraba agitadamente y el frío le calaba los huesos.

—Tráiganlo por acá —escuchó de pronto que alguien decía.

Apático, se dejo llevar sin ofrecer ninguna clase de resistencia, antes por el contrario, deseaba descansar y tomar conciencia de lo que realmente le estaba sucediendo.

Cuando le quitaron el vendaje lo habían introducido en un cuarto de altas paredes, con un ventanuco inaccesible para su estatura que daba al pasillo. Se fueron casi enseguida sin mediar palabra alguna, y lo dejaron solo con la bruma de sus pensamientos; una puerta de madera, gruesa y ordinaria, se cerró con estrépito tras él. Caminó por la pieza a tientas hasta que



Powered by CamScanner

encontró un interruptor. Prendió la luz. El resplandor lo encandiló; aún estaba frotándose los ojos cuando la puerta se abrió e irrumpieron cinco militantes; ya había sospechado de quienes se trataba, ahora lo podía confirmar. En el congreso se había estado adelantando un proyecto de amnistía en la que él había sido su principal ponente, pero la cosa se empantanó y no marcho, precisamente porque ellos habían optado por el terrorismo y el secuestro.

Trajeron un asiento donde fue obligado a posar en compañía de varios militantes encapuchados, teniendo como fondo una sábana blanca que llevaba el nombre de la organización; después se le hizo desvestir y su ropa de paisano fue cambiada por prendas militares que tuvo que ceñirse enseguida. Si quería ir al baño, le dijeron antes de dejarlo solo, podía golpear en la puerta una vez en la noche, ya al otro día, agregaron, recibiría nuevas instrucciones. La aspereza de su nueva vestimenta lo incomodaba, pero esto era lo de menos, ya se acostumbraría, lo importante era conservar la calma... ¿Conservar la calma? ¡Oh Dios mío! Sentado en el camastro hundió la cabeza entre sus manos y dejo escapar un largo suspiro; se quito el calzado pero durmió con la ropa puesta cogiéndole el sueño hasta muy tarde la noche, dándole vuelta a su situación, pensando en su familia, en como reaccionaría el gobierno, que suponía no transaría ninguna clase de convenio para su liberación, excepto el de un rescate armado.

Cinco días después se presentó el comandante de la cuadrilla conocido con el alias de, el gordo Emilio, quien planeó y ejecutó el secuestro del senador: era un hombre de poca cultura, el cuarto en el orden jerárqui-



Powered by CamScanner

co de la organización, pero temido y respetado a base de una carrera de logros y resultados que le habían permitido escalar rápidamente posiciones; fue muy respetuoso y cordial con el senador, le trajo algunos periódicos, revistas, y un libro de Henry Kissinger que trataba sobre la paz del medio oriente ; ordenó también le instalasen un televisor, nombró de entre sus hombres de más confianza, algo así como un ordenanza que le hiciera constante compañía y estuviese atento a sus necesidades más elementales.

Con el senador cruzaron apenas unas cuantas palabras: entró, lo saludó, le hizo algunas recomendaciones disciplinarias, le obsequió las revistas y el libro y se interesó por su salud.

— Recuerde doctor —le dijo —. Usted nos cae bien.

— Entonces por qué diablos me tienen secuestrado —replicó el congresista sintiendo que se ahogaba en la ira.

El gordo Emilio lo miró desde el umbral de la puerta, embutido en su traje de camuflaje con una boina en la que brillaba una pequeña estrellita metálica.

— Eso no lo voy a discutir, pero más que nadie usted debe comprender —exclamó haciendo un saludo militar y cerrando la puerta tras él.

El guardia permanente que le asignaron era conocido en el grupo con el alias de el Cura. Al principio, con cara de pocos amigos, el senador se sentía muy amargado como para entablar un diálogo con su vigilante, sin embargo, no tardó en darse cuenta de que el Cura, fuera de ser su carcelero, era en verdad una persona muy bien intencionada y de un gran carácter. Jugaban ajedrez y cartas y miraban la televisión hasta



Powered by CamScanner

que se acababan los noticieros de la noche; en su octavo día de encierro, mostraron la foto que le habían tomado rodeado de sus secuestradores.

El comunicador anunciaba así la noticia:

«La Fuerza Revolucionaria Nacional—F.R.N.—, ha hecho llegar a los medios informativos esta foto en la que aparece el senador Carlos Izquierdo Tarazona rodeado por miembros del grupo insurgente. Hasta el momento la F.R.N. no ha hecho saber al gobierno cuáles son sus requerimientos, pero el señor presidente fue enfático al declarar que no habrá ninguna clase de negociación con los rebeldes.» El comunicador terminaba anunciando una proclama del gobierno en el sentido de una recompensa de cien millones de pesos para quien suministrara información que condujera a la captura de los plagiarios y rescate del senador.

—Qué bárbaro—dijo el Cura —. Esto va a sacar de casillas al comandante Emilio y al resto del secretariado. Si se da cuenta, al presidente le importa un rábano su vida; ahora si usted realmente corre peligro, doctor.

—El presidente ha hecho bien —exclamó el senador —. Si les aceptara el juego, este país estaría patas arriba.

El Cura posó en él una mirada meditabunda.

—Es usted un hombre valiente —murmuró—; aunque no sé cuales sean los designios de la cúpula, haría bien en colaborar con ellos, no sólo por usted sino por su familia.

Al senador le dieron ganas de escupirle la cara a aquel hombre por entrometerse con su familia. Ese círculo era demasiado sagrado para él y estaba dispuesto a la inmolación con tal que no sacaran provecho de su



Powered by CamScanner

cautiverio. Y no pudo menos que pensar en su familia. Sintió unos deseos terribles de venganza, pues habían resquebrajado su vida y la paz y la dicha al lado de los suyos.

El Cura comprendiendo el estado irritante del congresista, optó por hacer una excepción esa noche y dejarlo solo más temprano que de costumbre. El senador advirtió el gesto noble de su carcelero y a partir de entonces se hizo más grata su compañía. Fue él mismo quien con el tiempo habló de sus cosas íntimas, de su esposa, de sus dos hijos, de su carrera de político ; se llegó a establecer entre los dos como un lazo afectivo, y el cautiverio parecía soportable para el senador hasta cuando vinieron los enloquecedores cambios de guarida. Hacia las diez de la noche cuando apenas se acababa de acostar, fue obligado a levantarse inesperadamente, vestirse y salir de inmediato. Era su vigésimo día de cautiverio y desgreñado y barbado, parecía un guerrillero más; otra vez le volvió la ansiedad y el desespero. Ellos eran verdaderos animales de monte caminando en la oscuridad entre la maleza. El resbalaba, tropezaba, caía, pisaba en falso, y en una oportunidad rodó hasta una cañada magullándose todo el cuerpo. El nerviosismo parecía dominar a los insurgentes, el senador se dio cuenta al percatarse que estuvieron a punto de dejarlo abandonado, abajo en el borde de la quebrada. Llegaron casi al amanecer a un rancho pequeño ocupado por un par de campesinos; fue alojado en un cuarto escueto e incómodo donde había esparcido algunos bultos de café, oreado y seco. Cansado luego de tan largo trajín, cayó como una piedra en la hamaca que le guindaron en aquel antro lleno de resquicios por donde se colaba el aire y el sol.

Allí sólo estuvieron dos días. El senador estaba en el



Powered by CamScanner

límite de sus fuerzas. Entonces le consiguieron un borrico, se sentía incomodo sobre aquel jumento en el que casi le arrastraban los pies, pero era mejor que ir caminando entre este sube y baja en las aproximaciones de la cordillera. Se sentía disminuido, menguado, y el que nunca había tenido tiempo para las cosas del alma, experimentaba ahora como un acercamiento a Dios. El frío de las cumbres era cortante, y el paisaje desolador y vasto, se extendía abajo hasta perderse en el horizonte. En medio de esta soledad, se sentía compenetrado con Dios y se decía que si salía con vida, su existencia indudablemente iba cambiar y mejorar; recordaba la frase del sabio: «Desgraciado el que no es desgraciado». Parecía necesaria esta sentencia para reencontrarnos con nosotros mismos y ver en el fondo de nuestros corazones; carraspeo, tosió, y el borrico aceleró ligeramente el paso sacándolo de su ensimismamiento.

Llegaron al anochecer a una falda de la cordillera, con ranchos esparcidos aquí y allá y sembradíos de batata y hortaliza ; acá las cosas parecieron marchar mejor para el senador, empezando por el albergue, una casa más cómoda, con un cuarto fresco y limpio, donde se sintió más relajado y esa noche pudo dormir a pierna suelta, en una camita rústica con un colchón delgado como una galleta, que en todo caso era mejor que la hamaca, en la que se sentía siempre mareado. Para suerte de él la estadía se prolongó indefinidamente, pues se sentía tan molido, que a pie o a lomo de mula no hubiera podido resistir más la travesía; en los primeros días se levantaba apenas para comer, pero el baño diario de agua fría y el clima de las montañas, lo restablecieron más pronto de lo que pensaba, y le nació la idea de observar y ver la posibilidad de una fuga.



Powered by CamScanner

Era una idea loca.

La casita situada en un montículo era la más cerca a la línea de la montaña ; la gente pareció sosegarse un poco y para el senador fue agradable volver a tener la compañía de el Cura, que fuera de distraerlo velaba por su salud, pues era al mismo tiempo el enfermero del grupo. El baño se había convertido en una rutina a las cinco y media de la mañana, detrás de la casa cerca de la peña, en un estanque de agua helada donde se bañaba con un tiesto de aluminio. El Cura le servía siempre una taza de café cerrero que él degustaba con gran placer. Se había dado cuenta que a esa hora sus vigilantes le daban un poco de más movimiento, que si él sabía sacar partido podía aprovechar para escapar. Antes del baño solía ir a orinar arriba, al borde del peñasco, y había advertido que a lo lejos, entre un claro que dejaba la espesura de los árboles, se observaba a veces el tránsito de vehículos, y se dijo con una mezcla de alegría y temor que si lograba llegar con alguna relativa ventaja a la calzada, podría ver coronada con éxito su osada idea; se podía dejar deslizar hasta abajo, ganar la línea de la montaña y echar a correr a campo traviesa. Para tal razón se había empezado hacer el cojo al simular que tropezaba mientras se bañaba, quejándose de haberse lastimado el tobillo. De este modo, creía, no sospecharían de una fuga, huyendo como estaba entre la telaraña de la maleza.

Así estaban las cosas.

Bordeando casi los cincuenta años, el senador era de complexión robusta, pero sin temor a dudas se podría decir que había perdido más de siete kilos, estaba barbado, melenudo, y cierta vez que se vio al espejo retrocedió asustado ante su propia imagen. Estuvo pal-



Powered by CamScanner

pándose durante algunos segundos su demacrado rostro, hasta que asimiló—no sin esfuerzo—, aquel extraño semblante; con la idea fija ahora de escapar a la primera oportunidad, se había estado alimentando juiciosamente, hacía ejercicios cada vez que se le permitía estar solo, en fin, una gran fuerza bullía en su interior como suele suceder cuando se tiene entre manos el plan de una gran empresa.

Todos los días el Cura le sobaba y vendaba el pie lastimado, hablaban, acudían a las cartas y al ajedrez, escuchaban la radio. Los boletines de las emisoras hablaban de posibles contactos del ejército con los insurgentes, se decía que los tenían rodeados y que de un momento a otro caerían sobre ellos y se produciría la liberación del senador. El congresista sabía que si se llevaba a cabo un rescate armado, eran muy pocas las probabilidades que tenía de sobrevivir; de otro lado las noticias no eran tan infundadas, ¿acaso no estuvieron a punto de dejarlo abandonado la otra vez?... No, lo que era él pondría en práctica el plan lo antes posible.

—Jaque —exclamó el Cura haciendo una diagonal con su dama y capturando un caballo que había quedado sin defensa, al adelantar erróneamente el senador su peón; Había sido una jugada de falta de concentración, y el oponente declinó perdiendo la partida.

—Hoy es su día —murmuró el senador —lo felicito.

—Bueno, es honroso ganarle de vez en cuando —dijo el Cura con una cara plena de satisfacción.

Era cerca del mediodía, la canícula no era sofocante pero picaba, y el aire de las montañas causaba cierta sequedad.

—Quiero un poco de agua —dijo el senador le-



Powered by CamScanner

vantándose de la butaca y mirando a través de las rendijas de la ventana.

El Cura salió con tal propósito y cuando se abrió otra vez la puerta, aparecieron dos mercenarios equipados como listos para partir.

—No hay tiempo que perder —vociferó el de piel atezada —. Nos marchamos enseguida.

El senador tragó en seco.

—Este... pero, tengo un pie lastimado —fue lo único que atinó a decir.

—Así sea a rastras —gritó otra vez el negro.

Desconcertado, el senador abandonó su cuarto de reclusión, rápidamente se pusieron en fila india, disimulando él su cojera, pegado a los talones del Cura que iba ahora con una gran mochila a la espalda. Al llegar al borde de la montaña se presentó la primera escaramuza. El grupo de unos quince hombres se dispersó disparando en derredor ráfagas de metralla; Dos o tres guerrilleros cayeron abatidos. El senador no sabía de donde salían los disparos; corría ya presa del miedo, mientras las balas silbaban a su alrededor. Cuando se dio cuenta iba rodando con el Cura ladera abajo, en medio del tiroteo intenso, sintiendo un mar de sudor que le corría por todo el cuerpo; rodaron hasta una especie de hondonada. El Cura había quedado acorralado, lo supo de inmediato, por eso cuando el senador se puso en pie, de un salto se paró y se colocó delante de él gritando: «¡Al suelo doctor! ¡No disparen por favor!» ; Instintivamente el senador se arrojo al suelo entre la hojarasca reseca.

El Cura cayó enseguida abatido por los disparos que procedían de todas partes. Cuando el senador levantó su enmarañada testa y vio al Cura de cara al cie-



Powered by CamScanner

lo con la boca entornada y los ojos vidriosos como los de un pez, empezó a gimotear quedamente crispando las manos con frenesí.

—Doctor —gritó una voz desde los matorrales --; ¿es usted?.

—Estoy aquí —sollozó el senador — . Pero por el amor de Dios ¡Ayúdenlo!

Por el otro flanco el tiroteo continuaba ; zumbaban los helicópteros por encima de los árboles, persiguiendo al resto de la columna guerrillera que se retiraba en desbandada montaña arriba. Un joven oficial surgió como una exhalación de la maleza, se acercó a gatas con dos o tres soldados a la ranura de la hondonada, y vio allí junto a un guerrillero muerto, una alicaída figura de barba espesa y desordenada cabellera, que tendido cuan largo era en la hojarasca, no se sabía si reía o lloraba en el abatimiento de su histeria.

El teniente dudo un momento y enseguida exclamó:

—Doctor, gracias a Dios. ¡Esta vivo! ¡Vivo!

—Ayúdenlo por favor —decía el senador mientras una patrulla lo rodeaba y lo auxiliaba.

El teniente trataba de calmarlo.

—Esta muerto —le decía —. No hay nada que se pueda hacer.

Les fue dificil convencerlo y sacarlo hasta una explanada, donde un helicóptero los aguardaba listo para partir.



Powered by CamScanner

# *EL SONIDO DE LAS VOCES*

Powered by CamScanner

## MARTÍN

Vamos por el sendero que corre culebreando por entre los cafetales hasta el río. El tío Israel va adelante en medio de la tropa. Se le distingue por su sombrero, por ese sombrero de ala ancha que siempre lleva encima. Nosotros marchamos unos diez metros detrás de ellos, silenciosos, cabizbajos. El tío Israel se ha vuelto varias veces para mirarnos. Su rostro ajado y surcado de arrugas, parece indiferente a los hechos.

Caminando siempre detrás de los soldados, salimos de los cafetales y nos acercamos al río. Al llegar y pasar del otro lado, tío se vuelve y levanta la mano en señal de despedida. El poncho al cuello, la cabeza gacha, sube con su paso cansino en medio de la tropa. Nosotros lo seguimos con la vista hasta que desaparece arriba, al final de la loma.

Como es costumbre, Luisa y yo bajamos hasta el río. Ella es quien hace la pesca, ella es quien saca las nasas y extrae los peces.

—Con cuidado —me dice—. Vamos, deme la mano.

A mitad de camino escuchamos ya el ruido del hacha sobre los leños. Lo primero que vemos es el sube



Powered by CamScanner

y baja de la herramienta impulsadas por las manos de Horacio. Con precisión y calma y sin aparente esfuerzo, descarga el hacha sobre los zoquetes cortándolos de un solo tajo. Las astillas vuelan olorosas y al pasar frente a él, nos dirige una mirada inexpresiva.

Madre está frente a la cocina moliendo con su regularidad acostumbrada. La pasta de maíz está ya rebosante en el platón de aluminio. Nos ve venir. Su rostro velado por la angustia se nota levemente acalorado. Al llegar a la cocina, Luisa, ágil y ligera, entra de una con la sarta de peces en la mano; luego, como si siempre estuviésemos de acuerdo nos dirigimos hacia el sitio de las trampas.

## JOSEFINA

Cuando él me dijo que lo mejor era irnos por unos días al rancho de la montaña, yo me opuse y le dije que no quería seguir huyendo como si en verdad debiésemos algo. Y aunque él insistió, no cedí en mi apreciación y le dije que lo que era yo y los chicos no nos íbamos a mover de allí.

—Piensa en lo que les puede pasar —me dijo —. Es tu responsabilidad.

Como si no lo supiera. El caso es que estaba cansada de estas idas y venidas, de esta incertidumbre azarosa y creía que lo mejor era enfrentar la situación.

Si en la violencia huíamos, fue algo diferente porque todo el mundo lo hacía y había que irse al monte. Pero ahora la única razón era el mero miedo a la tropa; así que contra viento y marea me resigné a lo que nos pudiera suceder, y puse nuestras vidas en manos del Altísimo, quien sin su santa voluntad no se mueve



Powered by CamScanner

siquiera una brizna de hierba.

Nos recogimos más temprano que de costumbre, y al levantarnos al otro día después de una noche incierta, nos encontramos con que la tropa estaba por todas partes; luego vino lo que vino. Poco o nada creyeron al explicar nuestras razones, pues ya se sabe que ellos siempre tienen la tendencia a creer que uno miente; empero, las cosas no sucedieron peor de lo que se esperaba. Ahora sólo nos falta esperar que no lo devuelvan sano y salvo. En verdad que nadie sabe los sufrimientos que me ha tocado padecer en esta vida, y es Dios en su infinita misericordia, quien nos da fuerza para resistir tantas y tantas tribulaciones.

## LUISA

Fue algo divertido. Ayer en la tarde cogí uno de los pájaros disecados de la sala y lo coloqué a hurtadillas en la cimbra de Martín. El siempre estaba anhelando ver atrapado un pajarillo en su trampa; de modo que su alegría fue inmensa y su frustración grande, cuando al coger el toche que pendía de la vara, se percató de que todo había sido una inocentada, y que la avecilla estaba rellena de algodón. Estuve riéndome un buen rato, pero al verle llorar sentí pesar y entonces como siempre tuve que consolarle.

Era yo quien le cargaba en los tiempos de la violencia. Cuando los aviones nos divisaban y dejaban caer sus bombas, todos nos desparramábamos, y yo con él en brazos corría en busca de refugio sintiendo que el mundo se estremecía bajo mis pies; luego, cuando los aviones se alejaban y nos volvíamos a reunir, ya no éramos los mismos, y algunos que antes estaban con



Powered by CamScanner

nosotros ahora quedaban insepultos, destrozados. Claro, el niño era demasiado pequeño y aquellos horrores no están en su mente, pero el hambre y las inclemencias del tiempo nos afectaba a todos por igual. Recuerdo los dos o tres días que tuvimos que aguantar en una especie de páramo, tiritando de frío y sin derecho a encender una hoguera. Nuestro único abrigo, una ruana, se empapó por la humedad y la lluvia, y como respuesta al hambre y al frío el niño empezó a llorar incontrolablemente.

La gente nos advirtió: «si no lo haces callar nos expondrá a todos; por favor, no nos obligues a tomar determinaciones que a nadie gustaría». Sentí pánico y este se extendió a todo nuestro clan. Aparecieron mantas, el chico fue abrigado, pero era seguro que el hambre le acribillaba y no paraba de llorar. Hacíamos lo imaginable para apaciguar su llanto, cuando sorpresivamente se dio la orden de que nos podíamos movilizar. Abajo, el peligro había pasado; al poco tiempo, como un alivio para todos, el niño dejo de llorar.

Ahora también su llanto ha cesado del todo y va unos pasos delante de mí, tan distraído, que da la impresión de haberse olvidado por completo de la broma.

## HORACIO

—¿De quién es la escopeta? —gritó el teniente.

La había escondido debajo de una de las tablas sueltas del piso de madera, pensando en evitar el menor contratiempo, pero fisgonearon tanto, que a uno de los soldados se le ocurrió levantar el madero y hurgar dentro del hueco, donde encontró el arma. Nos ha-



Powered by CamScanner

bían reunido en el patio de la casa, en tanto que ellos buscaban como locos por todas partes causando un desorden del carajo.

—Están sordos o que coño... de quién es el maldito rifle —volvió a preguntar el oficial sopesándola y mirándola por todos lados como si se tratara de algo novedoso.

Era conveniente no hacer enojar al teniente, así que adelantándome un paso le dije resueltamente que era mía.

—Para qué la utiliza —espetó.
Se lo explique.

—Ajá, para matar ardillas y torcazas, ¿eh?

—En efecto, señor.

—A cuántos ha matado con ésta, ¿eh muchacho?

El caso fue que me hizo cargarla y apuntar a una hoja de plátano, con la condición de que si no la partía exactamente por la mitad, sería arrestado por porte ilegal de armas; de modo que traté de concentrarme lo mejor que pude y tire del gatillo con pulso firme. Todavía después del tiro la hoja permaneció entera en la disolvente bruma de la bala, para doblegarse luego por su mitad.

El teniente, serio y grave, dejo escapar una sonrisa y dijo de muy buen talante que podía quedarme con el rifle. Con tío Israel en cambio las cosas no fueron mejor, pero yo juro que no ha dicho más que la verdad. Todos sus documentos se perdieron el día de la creciente.

Luisa al otro lado del río, no podía cruzar después de haber llegado de la granja; desde este lado tío le grita a todo pulmón: «Voy a intentar pasarla por el lado de la isla, así que camine hacia allá.» Por ese tramo el



Powered by CamScanner

río se angosta más y hay piedras grandes y filosas que la riada no alcanza a tapar. El río ruge como una fiera embravecida, chocando contra las rocas, abanicándose. El agua es turbia, espumosa, y de su vientre brotan chamizos, troncos, vástagos. Tío se quita el sombrero, el poncho, se arremanga hasta las rodillas, y madre, el chico y yo, observamos expectantes, como empieza, guardando equilibrio, a saltar sobre los salientes de las piedras. Luisa con el miedo asomándole a los ojos, hace lo mismo. «Trate de no fijarse tanto en la corriente, le advierte tío, nada más que en donde pisa.» Y cuando ya parecía que lo iban a lograr, cuando separados por una distancia de escaso un metro, tío, balanceándose sobre las filosas piedras, le tendió la mano a la chavala, esta perdió el equilibrio al aferrarse a su mano cayendo a la corriente.

El río los arrastraba, hundiéndolos y sacándolos a flote, y tío que no soltaba a Luisa que la llevaba por las mechas, y nosotros corriendo por la orilla entre alaridos; de pronto no los volvimos a ver y madre entró en crisis. Afanada seguía corriendo por el borde del río con ganas de tirársele a la corriente. Pero Dios es grande y poderoso y cuando todos los creíamos ahogados, aparecieron abajo, en el recodo, ya en tierra firme, escurriendo agua por todas partes y Luisa que aun no se reponía del susto.

Así que de esa forma fue que tío perdió los papeles, esa es la mera verdad.

## ISRAEL

Ella es una mujer de coraje y trabaja como el que más. Ama este pedazo de tierra a pesar de tantos azo-



Powered by CamScanner

tes, de tantos sinsabores, de tantas angustias que casi no dejan un momento de reposo. Está contenta con su camada de pollos ya todos bien criados y colorados, que da gusto cuando los reúne en el patio y les bota puñadas de maíz que va desgranando a toda prisa de las mazorcas. Son tantos que casi no caben en el patio y se ve lo feliz que se siente. Sin embargo, no falta la comadreja y el zorro, y de vez en vez cargan con algún ejemplar dejando apenas el plumero. Pero qué se le va a hacer, Dios dispuso las cosas de esta forma y de esta forma tiene uno que habituarse a vivir.

La vida es sacrificio, resignación, así está escrito en el libro de Job.

—¿En qué piensa? —me dice el teniente cuando ya terminamos de subir la loma y nos encaminamos por el sendero que lleva a la carretera y esta a su vez a la Colonia y el pueblo.

Es alto, huesudo, todavía joven, con el ímpetu queriendo salírsele de su pecho. Va a un ladito de mí, hombro con hombro, caminando resueltamente, pero malicioso, con sus ojillos abarcando la distancia, escrutándolo todo.

—En volver, en ellos –digo partiendo una ramita y olisqueándola, para luego arrojarla a la vereda.

El Sol está detrás de las cordilleras asomando tímidamente. Una bandada de garzas cruza el cielo azul volando en forma obtusa. El aire revolotea en el campo, juguetón, trayendo el áspero aliento de la tierra fértil.

—Qué tal si esta es una ida sin regreso, ¿eh? Se va pero no se sabe si se vuelve.

Algo en mi vientre rebota causándome un frío glacial. Me fijo en el horizonte, en los zopilotes que



Powered by CamScanner

flotan arriba y no sé por qué los envidio. Tal vez porque tragan todas las porquerías de esta tierra y viven en las alturas y nada les hace daño.

El silencio se hace insoportable.

—Está bien –digo —; que se haga la voluntad de Dios

El teniente me mira. Su rostro está perlado de goticas de sudor. Calla, y de pronto hace un alto al llegar a la carretera.

—Así que perdió todos sus documentos en la creciente, ¿eh?

—Esa es la verdad y nada más que la verdad.

Se quita la gorra, se rasca la cabeza y mira el suelo, caviloso.

—Es mejor que se vaya –me dice alzando la cara —, antes que me arrepienta.

Cuando vuelvo sobre mis pasos y volteo a mirar, los observo que van carretera abajo, uno detrás de otro en perfecta fila india.



Powered by CamScanner

# *PASAJEROS DE LA MUERTE*

Powered by CamScanner




John miró disimuladamente por el retrovisor los dos pasajeros que acababan de subir. Se sentía inquieto, nervioso ; el periódico de la tarde resaltaba la muerte de otro taxista. Lo habían ultimado a balazos en las afueras de la ciudad, desvalijado el vehículo y robado todo el producido. Eran ya tres los asesinados en los últimos seis días. La policía hacía lo que podía, pero hasta el momento no tenía pista alguna de los delincuentes.

John Bocanegra llevaba toda una vida al frente del volante; de treinta y cinco años, era más bajo que alto, piernas delgaduchas, pero tórax ligeramente expandido; siempre dado al diálogo, irradiaba entusiasmo por esa costumbre suya de hablar a toda hora con la sonrisa a flor de labios. En tantos años, su trabajo estaba bien acreditado y se había ganado la confianza y el respeto del gremio. John miró su reloj de pulsera: las seis y treinta; oscurecía y el tráfico se hacía pesado, lerdo. La muchedumbre inundaba las calles, apretujándose, pendientes algunos de las paradas de los autobuses, a los que se precipitaban como un enjambre, yendosen hasta colgados de las portezuelas en un nudo humano: el ruido de las bocinas era intolerable y el smog se levantaba en forma de neblina penetrando hasta el último resquicio.



Powered by CamScanner

John maniobró ágilmente a la derecha por una calle lateral; si seguía a lo largo de la avenida perdía un precioso tiempo, y él conocía como el que más las callejas y callejones por donde colarse y hacer travesías. Desembocó nuevamente en la avenida donde el tráfico era ya menos denso, se enrumbó hacia la glorieta y en la parada del semáforo decidió romper el hielo y hablar con sus ocupantes. Siempre él encontraba un tema que por lo general despertaba el interés del pasajero. Casi nunca fallaba y se llegaba la mayor de las veces a establecer un diálogo formal. En otras ocasiones el pasajero era el de la iniciativa, y entonces él seguía el hilo de la conversación con su inevitable sonrisa bonachona, pero cuidándose de caer en polémicas y contradicciones, para evitar el mínimo roce con el ocupante.

—No se había sentido una ola de calor tan grande en la ciudad –exclamó mirando a los dos pasajeros por el retrovisor—. ¿No les parece? — Dicen los entendidos –agregó acomodando el espejo para apreciar más claramente sus fisonomías —, que cada vez los veranos van a ser más tórridos y los inviernos más crudos; uno no acaba de entender estos cambios bruscos de la atmósfera.

Los dos ocupantes no se inmutaron. Parecían ensimismados en sus pensamientos; ni siquiera hablaban entre ellos mismos: el más alto llevaba calado un sombrero de paja como el que usan los campesinos, de piel amarillenta y ojos pequeños y reposados, su rostro alargado remataba con una chivera rojiza en forma triangular; el otro era trigueño, de nariz chata y pómulos salientes, con unas patillas densas y pobladas que se ramificaban hasta la comisura de sus labios: John Bo-



Powered by CamScanner

canegra tuvo la impresión de estar viendo dos seres momificados. La glorieta, bellamente iluminada, dejaba apreciar en todo su esplendor la gran fuente de agua, con sus chorros disparados uniformemente hacia lo alto, para luego abrirse simétricamente y caer a la pileta que se desbordaba en leves oleadas, dando una sensación de frescura. John hizo el giro y empezó a circular alrededor de la plazuela. Hubiera deseado un pinchazo, que se atascara el motor: aun estaba dentro del perímetro urbano y podría deshacerse de la carrera recurriendo a cualquier triquiñuela, como por ejemplo fingiendo una avería en el vehículo, en fin. Pero no, eso sería demasiada cobardía y estaba seguro que no se iba a sentir bien; así que aceleró el automóvil y enfiló hacia el hotel Buenavista, aparentando la más absoluta serenidad. A más de setenta por hora, pasó frente al hotel, tomó la curva y antes de llegar al viaducto decidió comunicarse con la central.

—Central de móvil 10 –exclamó alzando el receptor —. Móvil 10 a central, ¿me escucha?

Entre el chillido confuso de voces, la voz de una mujer sobresalió, nítida, clara.

—Siga móvil 10.

—Salgo con dirección aeropuerto. Ruta 20. Voy KR2.

Pareció como si se hubiera ido la señal de radio, empero, al cabo el aparato volvió a vibrar con la estridencia de las voces.

—Móvil 10 copiado –se escuchó otra vez la monótona voz de la mujer.

John Bocanegra descargó el receptor, terminó de cruzar el puente, levantó a medias el vidrio de la ventanilla y se metió en los parajes arborizados, donde aquí



Powered by CamScanner

y allá se miraba una que otra casita en la ribera del macizo montañoso; en un recodo se topó con un camión inmenso que lo dejó completamente encandilado, obligándolo a zigzaguear y a frenar para evitar la colisión. Él siguió la marcha normal haciendo rugir el motor, devorando la distancia. Los haces de luz de las farolas se estrellaban contra la carretera, opacándose ante la negrura del pavimento. En la oscuridad del auto los ocupantes eran como dos sombras desdibujadas, a los que John miraba disimuladamente por el espejo, medroso, desconfiado. La imagen fotográfica del taxista asesinado, de bruces en el suelo entre un charco de sangre que aparecía en el diario de la tarde, le rondaba la mente en forma obsesionante.

Adelante, en el cruce de las enormes rocas arenosas cuyos nichos semejaban bocas abiertas, uno de los dos hombres tocó el hombro de John y le indicó: «Oríllese ahí». John Bocanegra se salió de la calzada, aparcándose frente a una especie de camino de herradura que trepaba bordeando la cumbre. Bajó del vehículo dejando las luces encendidas. Los dos hombre hicieron los mismo, aguardando detrás del carruaje. John se sintió mareado al abierto contacto del aire nocturno. Estaba tenso como la cuerda de una guitarra; rápidamente metió la llave en la cerradura del baúl, levantó la tapa y al inclinarse para sacar la carga, sintió un golpe seco en la parte posterior de la cabeza. A pesar del aturdimiento saltó hacia atrás como un resorte, y entre juramentos soltaba puños y patadas en la oscuridad con tal vehemencia, que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Cuando los dos hombres trataron de auxiliarlo, John se liberó de ellos dando una violenta sacudida y enseguida se puso en guardia con los puños



Powered by CamScanner

cerrados, moviendo los brazos arriba y abajo como un boxeador; al cabo, al darse cuenta que los pasajeros no intentaban nada contra él, bajo la guardia y uno de los hombres procedió a sacar la valija. John los vio subir por el camino de herradura, en silencio, y perderse luego en una curva del sendero; alumbrándose con una linterna, John Bocanegra levantó la tapa del baúl y observó que en el borde, debajo de la cerradura, habían quedado muestras de su cabello al impactarle la tapa en su testa.

John se burló de su propio chasco; al prender el auto lo primero que escuchó fue la señal de radio.

—Central a móvil 10, ¿me escucha?

La voz se hacía repetitiva.

—Móvil 10, como se encuentra.

La voz seguía insistiendo una y otra vez. John puso el vehículo en marcha, tomó el auricular y se comunicó con la central.

—Móvil 10 cinco-cinco, sin novedad.

John Bocanegra respiró profundamente y resopló como una bestia después de una larga jornada. Sus ojos estaban fijos al frente de la carretera, concentrado, sin distraerse. El viento soplaba ahora con fuerza, arrollando el vehículo de costado. Terminó subiendo la ventanilla; adelante, al final del viaducto, le hicieron señas de que parara. John Bocanegra fue disminuyendo la velocidad del auto hasta quedar frente al viandante; un hombre joven, vestido todo de caqui, con una gorra de beisbolista puesta a medias sobre su testa, subió al auto.

—Al Paraíso –exclamó con suave voz de barítono.

John arrancó el coche rápidamente, giró en la curva del puente y se enrumbó hacia su destino.



Powered by CamScanner

# *TRAVESURAS*

Powered by CamScanner

En casa de los Moncaleano había gran actividad, estaban de fiesta, pues habían venido del sur del país unos parientes que hacía mucho tiempo no veían y era motivo de gran regocijo y alegría.

Ana Moncaleano, viuda y con tres hijos, andaba ocupada yendo de un lado para otro afanada porque sus invitados estuviesen contentos y bien atendidos; después de los preliminares había llegado la hora de la comida y la gente se fue acomodando en la amplia mesa, adornada con un mantel blanco y un magnífico frutero cargado de variadas especies.

Todo olía exquisito y despertaba el apetito, empero, como en la mayoría de los ágapes, los invitados por modestia se resistían un poco.

—Por favor, pasen ustedes... siga comadre; pasen... pasen...—se escuchaba la voz de Ana Moncaleano.

Fuentes humeantes, ensaladas, ponche, vino, se servían a lo largo de la mesa, y rogados o no, el comedor pronto se vio repleto de comensales. Lucila, la hija mayor de Ana se ocupa en servir a los chicos y en el traspatio de la casa los acomoda como puede.

—Tráeme un pernil a mí —dice Petia, el menor de los dos muchachos frotándose las manos y mirando con ojos hambrientos a su hermana. Su edad aún no pasa de los diez años y es vivo, listo y goloso como



Powered by CamScanner

un pequeño ratoncillo; Felipe, su hermano, un poco mayor que él y con la cara llena de pecas, carece de su vivacidad, pero es malicioso y como un búho parece observarlo y escudriñarlo todo; la viuda es una de esas mujeres chapadas a la antigua y es amorosa, caritativa, rígida y severa a la vez.

Al cabo, en la confusión reinante de la fiesta, Ana se topó con su querido y pequeño Petia.

—Pero hijo, por qué estas tan afligido; ¡Oh mi chiquillo! Estoy tan ocupada que me he olvidado de ti... ¿Ya te atendieron?

Naturalmente el chico dijo que no, y la viuda inocente enseguida le sirvió otro almuerzo. Petia comió como una pequeña ardilla hasta hartarse; satisfecho se levantó de la mesa, pero en ese momento fue abordado por su hermano:

—Oye Cabezadehacha, tenemos que hablar; hacer un trato.

—Tratos, no entiendo...

—Si me das esa canica que parece huevo de tortolita, no diré nada a mi madre del engaño que le haz hecho.

Petia tragó en seco.

—¿Cuál engaño?

—Vamos, Cabezadehacha. Aceptas el trato o no. Quiero la canica.

Petia se sentía acorralado y sabía lo que le esperaba si su madre llegaba a saber la verdad; empero, se negó en redondo, esa bola era su suerte, su «mara», de modo que le propuso darle cinco boliches a cambio de la que le pedía.

La respuesta de Felipe fue tajante.

—La boliche huevo de tortolita —dijo—, o no hay tratos.



Powered by CamScanner

—Seis a cambio de mí «mara»—propuso una vez más Petia.
—Se ve que no estimas tus espaldas Cabezadehacha; allá tú.

Petia se resistió a dar su bella canica blanca de puntitos negros y quedó como un condenado en espera al momento de la horca; sin embargo, guardaba como última esperanza el que su hermano se arrepintiese, reconsiderara su oferta y lo llamase a «negociar». Los segundos, los minutos, se le hacían eternos, y de un momento a otro Felipe desapareció de su vista entre los invitados.¡Oh Dios mío, que trance tan terrible! Se frotaba las manos, carraspeaba, y todo lo que había comido sentía que se le indigestaba.

La viuda surgió como una exhalación de la sala principal, buscó con la vista entre el gentío y la mirada del chico y la de su madre se cruzaron.

Ella se paró frente a él.

—Lo que es esto—dijo con los brazos en jarra—, no te lo perdono. Entra al cuarto.

Petia, temblándole las piernas, entró al sitio de castigo; la viuda cerró la puerta suavemente, aparentando las cosas para no levantar sospechas de entre los concurrentes. Tomó el rejo que como una cola de vaca pendía detrás de la puerta y anunció:

—no quiero un grito, ni siquiera un quejido, pues más te daré. Nadie se debe enterar. Date la vuelta y pon la espalda.

Entonces al dar la vuelta el chico hizo que tropezaba y resbalaba, y se fue de bruces cuan largo era sobre un gran sillón, y empezó a blanquear los ojos como si se fuera a morir, y botaba baba por la boca y se mordía la lengua; la viuda estupefacta no sabía que hacer. Pero



Powered by CamScanner

viendo la situación de su hijo que estaba para morirse, lo levantó en brazos afanada, lo recostó en un camastro y casi lloriqueando comenzó a consolarlo y a decirle que no se fuera a morir, mientras lo observaba por todas partes buscando en su testa alguna posible herida. Petia, viéndose fuera de peligro y sintiendo pesar por su madre, dio muestras de volver en sí. Ana, feliz, fue por más ponche y golosinas para su hijo, que definitivamente se repuso de la «crisis» a los pocos minutos.

Después de la opípara comida se sirvió más ponche y champaña, se retiraron los muebles de la sala y se dispuso un pequeño baile, pero antes vino la presentación de los hermanitos Moncaleanos. Lucila empezó a cantar con su voz aflautada y profunda algo así como:

*Los barandales del puente*
*se estremecen cuando pasas,*
*morena mía*
*dame un abrazo.*

Sus dos pequeños hermanos le hacían el coro y la acompañaban con sus guitarrones; luego, para terminar su presentación bailaron el casa-show. Lucila iba adelante, Petia en el medio y Felipe atrás. La música retumbaba en la sala y la gente empezó a palmotear y a gritar: ca-ca, casa-show. Cada uno tenía su gracia, pero Petia, el más pequeño de los tres, sobresalía del grupo; ora daba una pirueta en el aire; ora con los brazos en alto y acuclillado, sacaba una pierna a un lado y luego la otra, mientras daba saltitos al compás de la música.

Ana por supuesto estaba contentísima. La fiesta estaba en todo su apogeo.



Powered by CamScanner

# *CARITA DE MACACO*

Powered by CamScanner

Vivían bajo un puente en el pedazo de playa que dejaba el caño ; Allí adosado contra el muro, su padre improvisó un rancho con restos de lata y cartón y jirones de tela sucia que se encontraban alrededor. En el día se miraba vagar uno que otro zopilote, ojeando entre los desperdicios inmundos que se iban sedimentando bajo el arco del viaducto.

Cuando era todavía muy pequeño como para poder hacer algo **productivo,** su padre lo dejaba en la noche mientras se iba a merodear entre las sombras. El, Carita de Macaco, como le empezaron a llamar cuando llegó la hora de aventurarse en la noche para que vigilara la calle, le daba mucho miedo quedarse solo en la oscuridad. El concierto de ranas y grillos era interminable, pero luego él pronto se acostumbró. A veces uno que otro anfibio se llegaba a su madriguera y se colaba de rondón. Él les tenía asco y los sacaba a palos.

¡ Que solo se sentía entre el ruido de los vehículos que pasaba por arriba, el rumor del agua y los ecos de la noche !

Pero no. No estaba del todo solo.

Había hecho una amiga : se llamaba Ligia. Como todas las demás había llegado y colado en su madriguera. Le iba a dar de palos cuando vio que la rana



Powered by CamScanner

tenía atravesado en su jeta un chamizo tan grande como un dedo. Esto le llamó la atención : observando vio también una escurridiza serpiente que zigzagueaba hacia ella. La sierpe reptaba buscando la parte trasera del anfibio, pero este giraba en redondo poniéndosele de frente . La llamita de la vela estaba por extinguirse y Carita de Macaco no quería quedarse en la oscuridad con una culebra rondando por ahí ; así que cogió una de las cuatro piedras que hacían parte del fogón, la levantó como pudo y la dejo caer sobre el reptil, aplastándole la cabeza. Era toda una proeza para un niño de tan solo siete añitos : la sacó con la vara que golpeaba a los batracios, y caminó un trecho hasta dejarla visible sobre una piedra. Volvió enseguida y con sorpresa miró que el anfibio seguía en su sitio. La rana lo miraba como agradecida, con la cabeza ladeada, sin el palito atravesado en su jeta. Carita de Macaco comprendió enseguida el instinto de defensa de la rana, y ágil la atrapo con la mano a pesar de encontrarla repulsiva.

—Qué lista eres –exclamó apretándola entre su mano.

La sintió fría, y forcejeando, el batracio lo meó salpicándole el brazo de un líquido lechoso. El niño la arrojó enseguida al suelo y la sacó fuera del campamento castigándola con la vara como hacía con todas las demás ; sin embargo, a los pocos instantes la rana volvió a meterse en la cabaña. Iba a golpearla de nuevo pero se detuvo, y acurrucado con el mentón descansando en la palma de sus manos, le dijo :

—Está bien, puedes quedarte... Ligia.

Y así la siguió llamando y así se hicieron amigos. Era divertido verla cómo de noche cazaba moscas y



Powered by CamScanner

cucarroncitos, que atraídos por la luz de la esperma penetraban en su cubículo.

El padre de Carita de Macaco estaba viejo y achacoso, en la calle lo llamaban el Abuelo, y tenía rachas de alcoholismo y mascaba tabaco y escupía y maldecía el mundo en que había nacido. Cuando decidió que era hora de llevar el niño a la calle, le dio antes unas pequeñas instrucciones :

—Si fuiste capaz de aplastar la cabeza a una cazadora, serás también capaz de darnos aviso en la calle.

Empezaba a oscurecer y estaban en torno a la llama del fogón, sentados en minúsculos bancos ; ambos tenían sendas escudillas de las que comían una especie de sopa de cebada.

—Mira Kongo –continuó el Abuelo— ; la vida ahí afuera es dura, y hágase lo que se haga lo importante es sobrevivir.

Asi empezó a aventurarse en la noche, y a dar aviso cuando venía «la poli». El Abuelo tenía un socio de confianza : le decían Mechabrava. Era mucho más joven que él y era alegre y charlatán y visitaba los templos y pedía al Dios bendito que los protegiera.

—No sientas remordimiento por lo que veas, hijo – le explicó cierta noche a Kongo —. O son ellos o somos nosotros ; en ese momento nos jugamos el pellejo.

Kongo o Carita de Macaco parecía triste sentado en el andén, a la sombra chinesca de un poste. Llevaba puesta una chaqueta bastante grande para él que le quedaba como una falda, por donde asomaban un par de piernecitas delgadas como alambres. Era cerca de la medianoche y estaba a punto de desatarse otra vez el aguacero. Desde hacía varios días llovía, el tiempo



Powered by CamScanner

era inclemente y azotaba con su aliento húmedo y neblinoso ; la vida parecía más dura que nunca, la soledad en los corazones más grande.

En la calleja el ambiente es desolado con su vida nocturna de borrachos y putas. Kongo ya sabía lo que tenía que hacer ; un poco más arriba ocultos entre la espesa oscuridad, el Abuelo y el Mechas aguardaban pacientemente algún extraviado noctámbulo ; de pie, recostados contra la larga tapia de un lote abandonado, el Abuelo fumaba y de vez en cuando mordía y mascaba el tabaco para luego escupirlo. Su rostro atezado e hirsuto, de mandíbulas cuadradas y ojillos enrojecidos, tenía una expresión siniestra : daba la impresión de guardar un rencor ilimitado ; Mechabrava no fumaba ni bebía ni maldecía el mundo. Era trigueño, un poco bajo, de piernas ágiles listas para correr o saltar, con una mata de cabello tupida como un rastrojo. Sus ojos inquietos, escudriñaban la oscuridad como un gavilán oteando la caza en pleno vuelo.
Ambos callaban, cada uno pensando en lo suyo, el Abuelo tal vez envidiando al prójimo que vivía mucho mejor acomodado, con la barriga llena, bien abrigado, libre de los apuros del hambre y la miseria ; el Mechas pensando quizás en...

—Oye Abuelo —dijo de pronto rompiendo el mutismo —. Creo que Carita de Macaco no está hecho para estos tropeles.

—Yo tampoco lo estaba –vociferó el Abuelo dando un escupitajo —. Hubiera podido llegar a ser presidente, el primer presidente negro de la nación ; pero ya ves, soy un guiñapo despreciable, tengo que andar con la cabeza gacha sin atreverme a levantar la cara como casi todos los demás. La sociedad nos condena, so-



Powered by CamScanner

mos la escoria.

—No dejes que el rencor abrume tu cabeza. Tienes que visitar los templos. Yo mato y robo sin odio ; ahora bien, Kongo es un niño muy sensible, debería mejor ir a la escuela.

—¿ A la escuela ? — y el Abuelo sonrió amargamente.

La conversación hubiera podido seguir su curso, empero, había llegado la hora de trabajar ; allí sobre el andén, doblando la esquina, apareció un desorientado beodo, trastabillando un poco : era alto y corpulento. El Mechas se quedo mirándolo como si lo fuese a hipnotizar.

—Bien –dijo quedamente —. Lo agarro o lo agarras.

—Déjemelo –exclamó el Abuelo abriendo y cerrando las manos.

Dejó que pasara frente a ellos y se metiera a lo más oscuro del callejón, para luego caerle con una agilidad felina. El hombre dio un respingo y rápidamente giró quedando frente a su agresor, que le tenía las manos alrededor del cuello y lo aprisionaba.

Todo viandante solitario que llegara a la esquina, era una víctima más ; Kongo se sentía a veces tentado a avisarles, pero la vida de su padre y la del Mechas estaba por delante. No, tampoco los traicionaría : sabía que si el hombre iba con lo suyo se repartirían el botín : a él le darían cualquier cosa y como siempre lo mandarían a dormir ; luego el Mechas se iría también, en tanto que su padre se quedaría vagando por ahí, en busca de alguna furcia. Un agudo silbido en clave le indicó que había acción. Por supuesto Kongo se puso a mirar arriba y abajo de la calle con el corazón palpi-



Powered by CamScanner

tante. ¡Que noche! Empezaba a lloviznar : ahora que conocía como era la calle, le parecía mejor estar en su cubículo, la bujía prendida, con Ligia cazando los insectos que estaban a su alrededor.

Acurrucado se guarecía de la lluvia arrimado contra el andén, cuando por la parte de abajo vio aparecer dos policías. Disimuladamente echo a andar hacia la esquina. Al meterse en el callejón, el forcejeo continuaba aún entre el Abuelo y el desafortunado beodo. Este, a pesar de haberse debatido como un león, estaba ya rindiéndose vencido por las asfixia. Intentaba sacar algo levantando la pierna, pero el Abuelo lo movía enseguida haciéndole perder el equilibrio ; desesperado, trataba de arañar la cara de su agresor, empero, este siempre lo mantenía a distancia sin dejar de sofocarlo.

—Ya es nuestro –exclamó el Abuelo —. Sáquele lo que tenga y larguémonos.

Eso iba a hacer precisamente el Mechas, cuando Kongo gritó : «La poli está encima». El Abuelo dudo un momento antes de arrojar contra la pared a su víctima ; el borracho, increíblemente fuerte después de todo, salió bien librado del golpe colocando sus manos y atenuando la caída. Enseguida extrajo un revólver que llevaba resguardado en una de sus piernas y disparó contra sus agresores. El Abuelo recibió un disparo por la espalda que le atravesó el corazón, y cayó de bruces contra el duro pavimento. Mechabrava fue herido en una pierna y en un hombro y yacía de cara al cielo con la lluvia salpicándole el rostro.

Carita de Macaco se sintió mareado, descontrolado, fuera de sí. Acercándose al Abuelo volteo su cabeza y vio su rostro inerte, sin vida ; que-



Powered by CamScanner

damente, empezó a gimotear con la testa del muerto entre sus manos.

—Ven acá, buen chico...

Era la voz del Mechas que estaba apenas a unos cuantos pasos del cuerpo del Abuelo ; fue inútil : por más que lo llamara, el niño seguía junto al cadáver de su padre, atacado por un llanto que le hacía estremecer todo el cuerpecito. Cuando apareció la gendarmería y el asustado noctámbulo empezó a dar explicaciones, Carita de Macaco echo a correr, presa de una gran ansiedad y de sentimientos confusos que lo llevaban a un lloriqueo incontrolable.

Nunca antes se había sentido tan solo y abandonado ; caminó, deambuló sin rumbo por la indolente ciudad, parándose en las esquinas, sentándose, para luego echar a correr otra vez. Empapado y agotado, con un hipo molesto que lo sacudía a cada instante, decidió marchar hacia su morada debajo del puente ; aunque el aguacero había amainado, la lluvia continuaba incesante y por las calles y avenidas el agua corría en forma de riachuelos. Tardó varios minutos en llegar : aferrado a la fría baranda del puente, lo que vio ahondó aun más su pena : el caño había crecido como nunca, estaba de lado a lado y no había rastros de su cubículo . Kongo o Carita de Macaco quedó más que desconsolado, viendo con sus ojitos llorosos la gran masa líquida turbia que llenaba todo el arco del viaducto ; sentíase apático, insensible, y bien hubiera querido arrojarse al agua y morir ahogado. Tan concentrado miraba la corriente, que se sintió mareado y a punto estuvo de perder el equilibrio y caer abajo ; otra oleada de llanto salió de su pecho y nuevamente echó



Powered by CamScanner

a correr sin rumbo fijo.

Pasó la noche durmiendo a intervalos en el portal de un mugriento edificio en ruinas, encogido, tiritando con las rodillitas pegadas a su vientre. Se veía soñando en una confortable cama, abrigado con una gruesa cobija que le daba una tibieza de lo más agradable ; de pronto alguien tiró rudamente del cobertor y empezó a sentir un frío terrible, un frío que le calaba los huesos y le hacía temblar. Él se encogía lo que más podía para darse calorcito, pero era inútil ; luego el techo se abrió y la lluvia empezó a empaparlo todo. El frío lo consumía y el cuarto se fue llenando de agua, tanto que había alcanzado el nivel de la cama y comenzaba a cubrir su cuerpecito. Jadeante, despertó bruscamente.

Había prácticamente amanecido. Y aun continuaba lloviendo.

Una gotera se filtraba y caía a plomo sobre su pequeña humanidad, mientras una más allá caía sobre el piso formando un charco que se deslizaba por debajo de él. Dominado por una gran inapetencia, Carita de Macaco se incorporó y se sentó en un rincón del portal. La ciudad pareció despertar de su letargo y la actividad poco a poco fue volviendo a las calles. Carita de Macaco no tenía ánimo de abandonar su refugio. Agazapado, miraba la lluvia caer y el despertar de una ciudad que parecía no fijarse en su dolor. Muy avanzado el día, acosado por el hambre y la sed, dejo su sitio y se fue a merodear por el lado de la plaza. Tendió la mano y una alma caritativa se apiadó de él. Con la moneda compró un panecillo y un refresco que bebió hasta el último sorbo ; ya de noche una tos pertinaz empezó a atacarlo incesantemente. Buscó un lu-



Powered by CamScanner

gar donde quedarse. Lo encontró debajo de un alero junto a las canecas llenas de basura de la plaza de mercado. La lluvia había disminuido hasta hacerse casi invisible y en el corredor la noche era nauseabunda. Se acomodó de lado sobre el pedazo de cartón que había tendido en el piso, atacado por la tos y abrazado ahora por una fiebre que había invadido todo su cuerpecito y lo hacía estremecer y delirar.

¡Cómo le dolía la cabeza y que débil se sentía ! Su boca ardía y su garganta estaba reseca. Anhelaba una gota de agua. Él creyó ver que alguien se acercaba con una vasija . Era cierto. Un niño igualito a él le tendía una jarra de agua. Él alargó una mano temblorosa, pero cuando la iba a recibir, el otro la soltó o se le deslizó, cayendo al suelo y haciéndose añicos; el líquido se esparció y él se abalanzó para beber lo que quedaba en el piso, pero desapareció repentinamente antes de que su sedienta boca pudiera absorber una gota. Muy avanzada la noche abrió los ojos en medio del delirio, y de pronto una figura alada, hermosa y resplandeciente, surgió ante él y lo cubrió con una luz de una blancura inmaculada ; entonces se sintió poseído por una paz inmensa y su dolor y martirio desaparecieron. No había fiebre, tampoco la sed le abrazaba, sentíase ligero como una pluma. La figura lo tomó amorosamente entre sus brazos y ya Carita de Macaco estaba a salvo de todas las desgracias del Mundo; lo último que vio fue su propio cuerpo entre las canecas de basura, encogido, agazapado, hecho un ovillo.



Powered by CamScanner

# *IMÁGENES DE LA NOCHE*

Powered by CamScanner

En su cuarto al fondo de la casa, junto a la escalera de cemento que en forma de caracol llevaba a la azotea, Luciano tendido cuan largo era en su cama, meditaba. Era de noche y el silencio era absoluto, con el chirrido monótono del inevitable saltamontes refundido en alguna parte del patio. A través de la persiana se podía ver buena parte del espacio exterior, iluminado por el claro de luna. Ensimismado, Luciano Contreras se dejaba llevar por la inquieta oleada de sus pensamientos.

Le parecía que había sido ayer, cuando despertó en el parque, después de haber estado caminando como un zombi gran parte de la noche; iba sin zapatos y con la camisa desabotonada, hecho una desgracia. Lo primero que se le ocurrió fue llamar un taxi. Empezaba a desesperarse cuando por fin alguien estacionó delante de él.

—A las Mercedes –exclamó presuroso.

El taxista lo miró de arriba abajo.

—Quiero lo de la carrera –dijo desconfiado.

Entonces él se mostró osado y en un arrebato abrió la portezuela y se coló en el vehículo. «Señor –le dijo con la voz quebrada encogido en el asiento —, le pagaré en cuanto llegue». Supuso lo peor, pero para su alivio el taxista lo llevó a su destino sin chistar palabra.



Powered by CamScanner

Metido en el carro, se sentía un poco más tranquilo y trataba de recordar como había empezado todo. Pero por más que se esforzaba no había luz en sus pensamientos de como sucedió aquello, excepto el que estaba en un bazar entre amigos de ocasión. Lo último que medianamente podía recordar era la propuesta de una joven pareja, que con los cosquilleos del vino despertó en él sentimientos de morbosidad. El resto es una confusión de rostros desdibujados, de fisonomías furtivas como en un sueño; no le habían dejado un céntimo, al menos la vida para empezar de nuevo

Sentíase culpable, extraño y vulgar.

La dueña de la posada, al verlo entrar se llevó las manos al pecho.

—¡Pero por Dios! ¿Qué le ha pasado?

Ella, doña Margarita, era como su madre y él le tenía en gran estima; sin querer dar explicaciones, se limitó únicamente a señalar afuera en la calle, el taxi que esperaba; luego tambaleante se dirigió a su cama, donde al instante le había invadido la pesadez de un sueño enervante al que se abandonó por completo. De hecho durmió de un tirón casi más de veinticuatro horas; después fue al médico,—estuvo convaleciente un par de días—, luego al trabajo y finalmente todo había vuelto a la normalidad: pero el remordimiento le duraba y lo acosaba como un perro de presa. ¿ No era hora ya de casarse y tener una familia como todos los demás? A sus treinta y ocho años, le parecía que se estaba dejando coger ventaja del tiempo. No, era hora de poner los pies en la tierra y dejarse de vagabundeos.

Recordaba a Jenny, su última gran ilusión.

Era la practicante de turno, lozana, joven, de arrebatadora belleza. Nunca pensó que se fuera a



Powered by CamScanner

fijar en él. Como modesto empleadillo no ejercía ninguna influencia en la oficina, no tenía la chispa y el carisma del conquistador por antonomasia, en fin, ella era un sueño y él un mojigato, un don nadie entre los don nadies; de modo que como siempre él se limitaba a su trabajo, sin prestar apenas atención a esa Jenny que robaba las miradas adentro y fuera de la oficina. En cuanto a ella, a toda hora se mostraba indiferente, con el saludo casual, sin ir más allá ni más acá. Otra cosa muy diferente es cuando logran sacarte de ese hermetismo, de ese casco en que te refugias y te abren la esperanza.

Así le sucedió a él.

Por una casualidad un día ambos se quedaron haciendo trabajos extras, y al final ella le pidió cortésmente que la acompañara a su casa. ¿Cómo poder negarse? Nunca había estado tan junto a ella y sintió todo el esplendor de su belleza, caminando a su lado hombro con hombro por las céntricas calles de la ciudad; alta, despampanante, con el pelo cayéndole por la espalda como una cascada, discurría rozándole levemente, sin fijarse en nadie, nada más que por donde andaba, ajena a las miradas inquisidoras y lascivas que le prodigaban. Atendiendo a una insinuación de ella, la invitó a una pizzería, y allí sentados frente a frente entre el barullo del gentío, habían entrado en un diálogo más informal; empero, era Jenny casi siempre la de la iniciativa.

Cuando sirvieron la pizza y ella delicadamente cortó una porción, mordió un pedazo y le pasó el sobrante humeante y jugoso que quedaba en el trinchante, él se sintió tan sorprendido por este gesto espontáneo de ella, que se turbó y a punto estuvo de rechazar



Powered by CamScanner

la sobra. Recuerda que mientras caminaban, Jenny se quedó mirando el cinematógrafo y entonces por fin decidió ser audaz y la invitó a cine.

Ella ni se inmutó.

Acordaron verse el domingo siguiente en la pizzería, un poco antes del anochecer, y extrañamente se despidió antes de que él pudiera llevarla a su casa. Tomo las cosas con calma. ¿Acaso las mujeres no suelen tener estos arrebatos? De otro lado creía prudente, no darle mucho vuelo a la ilusión.

Al otro día a la salida del trabajo, ella le acordó la cita. Pasó el resto del tiempo sintiendo el resonar de campanadas de felicidad, incluso con una ansiedad y un nerviosismo que lo mantenía un poco fuera de control.

Por fin llegó la hora tan esperada.

Los minutos se le hacían eternos; iba tan bien vestido y acicalado, que notaba atraía la mirada de más de un rostro femenino. Pero él solo quería llamar la atención de Jenny, que esperaba ver aparecer de un momento a otro, elegante, fina, con esa sonrisa suya jugueteando en la comisura de sus labios. Había llegado mucho antes de lo previsto, y se alarmó hasta la desesperación cuando se dio cuenta que Jenny llevaba más de cinco minutos de retraso.

Un cuarto de hora después se convenció de que Jenny ya no vendría. Espero otros cinco minutos más y luego se fue. El coraje le abrumaba el corazón; sin embargo, se dijo que lo mejor era resignarse y ser humilde, huir de ella.

El no dio muestras de ninguna clase de enojo e hizo como si nada hubiera pasado. Ella lo saludaba de vez en vez, ahora con una sonrisa más amplia y coqueta, pero sin acercarse a dar la explicación merecida por



Powered by CamScanner

su falta a la cita. Cuando la trasladaron a la Oficina de Ventas, se sintió más tranquilo y sosegado, pues ahora si acaso la miraba a la entrada y salida del trabajo.

En el momento en que empezaba a curarse de este mal de amor, ella lo llamó a la oficina. La musicalidad de su voz lo hizo estremecer: «Hola peladito, que más. ¿Por qué me tienes tan abandonada?».

El apretó los dientes.

—Acaso no estás enojada.

—¿Enojada? Porque habría de estarlo.

—En verdad Jenny, te debo una explicación.

—¿Una explicación? No entiendo.

—Por el incumplimiento de mi cita; fue algo de fuerza mayor. Estoy tan apenado...

Al otro lado no hubo una respuesta inmediata; de pronto una carcajada estalló y le inundó el oído: «¿Es de esa forma que pretendes conquistar una mujer? ¿Incumpliéndole las citas?»

Lo cierto es que acordaron verse otra vez. Él no regateaba en nada con ella. Cenaron en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, charlaron largamente y Jenny quedó en llamarlo al otro día. Al no recibir la tan ansiada llamada, esta vez fue él quien tomó la iniciativa. Jenny aceptó verse nuevamente, pero se disculpó y se despidió de él, apenas a los pocos minutos del encuentro. Él creía navegar entre la esperanza y la desesperanza. Jenny lo lastimaba y se preguntaba si no se estaría burlando de él. Dejó que pasara un tiempo y la volvió a llamar. Ella pidió que la llamara otro día, estaba demasiado ocupada. Podrían al menos verse, ¿aunque fuera un par de minutos? No, dijo ella, tal vez en otra oportunidad.

Se sintió sucumbir y apunto estuvo de buscarla y



Powered by CamScanner

humillarse ante ella, pero se redimió después de mucho sufrir, y cuando Jenny lo llamó al final de su contrato para despedirse, él le pidió una postrera cita.

Ella aceptó.

El dudaba si asistir o no, y finalmente tomó una decisión: no iría. Con un corazón brioso, palpitante, subió a la terraza de uno de los edificios centrales, y con la malicia de un detective, esperó allí con los ojos puestos por donde debía de aparecer Jenny; llevaba ya dos cervezas entre pecho y espalda, cuando abajo la vio de pronto en el kiosco de revistas donde había quedado de esperarla. Oscurecía y el tráfico se hacía pesado, lento. Por las calles como una oleada, la gente iba de un lugar a otro cada una con su propio afán, su propia historia. Él, como un animal herido, observaba a Jenny, que luego de esperarlo unos diez minutos, se marchó perdiéndose entre el gentío.

Fue la última vez que la vio.

Luciano se revolvió en la cama todavía con la imagen vívida de Jenny en su imaginación. Sentíase nostálgico, lleno de amargura, y a pesar de que el fracaso lo hundía en el vacío, no quería sentirse derrotado. Era lo de menos, él saldría adelante. A medias, entre las sombras, observaba la pequeña biblioteca frente a su cama, refugio de las horas de soledad; últimamente estaba leyendo la Biblia y le había absorbido por completo la lectura del Génesis; en esos desvelos ante el Sagrado Libro había observado que la ayuda Divina tardaba, pero no dejaba de venir. «Dios mío, se dijo arropándose y tratando de entrar en calor, dame una gota de ayuda y entonces me verás florecer.» De cara a la ventana, permanecía completamente inmóvil, tratando ahora si de entrar a los dominios de orfeo; afue-



Powered by CamScanner

ra, el grillo seguía su sonsonete interminable y el patio era un hervidero de luz de luna.¡Qué silencio! ¡Qué paz! De pronto por el corredor se sintió el rumor de pasos.

Luciano abrió los ojos.

Frente a la ventana cruzó una figura, una mujer, en bata, con el pelo cayéndole a lado y lado de la cara; Luciano la vio subir la escalera y ascender a la terraza. Quedó pendiente con la vista fija en las gradas. Supuso que era Margarita, la dueña de la posada; observó de reojo el despertador en la mesita de noche: las 12:30; se alarmó un tanto. ¿Qué hacía la dueña de la posada a estas horas de la noche, levantada y en la terraza? No lo podía entender; de todos modos, para mayor tranquilidad esperaría hasta que bajara y regresara a su cuarto. Nada de nada. Al cabo de diez minutos decidió subir y averiguar. A tientas buscó las pantuflas con los pies, terminó de levantarse, abrió la puerta y se dirigió a la azotea.

Caminando casi de puntillas, tenso y con un temor inexplicable en su pecho, empezó a ascender la escalera. Al llegar arriba, el escalofrío del miedo le recorrió todo el cuerpo y la piel se le puso de gallina. No había nadie, solo él en medio del silencio de la noche, solo él bajo la plateada luz de las esferas del cielo. Sintiendo que se le salía el corazón, descendió en un dos por tres, prendió las luces del patio y se dirigió directamente a la alcoba de la dueña de la posada. Llamó por tres veces a la puerta, y cuando se abrió y vio aparecer a Margarita, soñolienta, lagañosa, con el pelo entrecano cayéndole por la cara , se sintió tan apenado que no supo qué decir.

—Este... –empezó —, yo lo siento. Solo quería



Powered by CamScanner

saber si hace un instante, salió usted de su habitación.
—Para nada—dijo ella frunciendo el entrecejo —. ¿A qué viene la pregunta, hijo?
Luciano se quedó pensando en medio de su azoramiento.

—Por favor discúlpeme –exclamó al cabo —. Creo que no ha sido más que mi imaginación.

—¿Cómo? –exclamó la dueña de la posada, desconcertada.

Luciano se resistió a dar explicaciones y una vez más se disculpó.

—Perdone usted –dijo despidiéndose — ; buenas noches.

Ella lo siguió con la mirada.

—No dudes en llamarme, hijo, si algo necesitas.
Luciano se lo agradeció. Y tardó mucho tiempo en dormirse, cuidándose de no mirar la ventana a través de la cual se alcanzaba a vislumbrar el patio iluminado por el claro de luna, y donde el grillo seguía tejiendo su melodía inacabable.



Powered by CamScanner




# *UNA HISTORIA REAL*

Powered by CamScanner

Yo vivía en la municipalidad de Villahermosa por el lado de los Alpes, en la hacienda el Brillante, con madre, la abuela y cinco hermanos. Yo que era de los mayores no contaba más de diez años, mientras que Federico, el menor, apenas tenía cuatro añitos. Era la adoración de todos con sus rizos de oro y su carita siempre risueña. En la mañana, madre acomodaba las raciones en nuestros respectivos morrales y volvíamos a casa ya rayando la noche.

A falta de padre, madre era rígida y marchábamos como Dios manda, pero con nuestro pequeñín hermano solía hacer sus excepciones: el niño hacía esto y lo otro y madre condescendía con él diciendo que a su edad nosotros éramos lo mismo. Que yo recuerde nunca maté gallinas a pedradas ni ahogué gatos en el río; empero, Federico era como si fuese la razón de nuestras vidas.

Un día en que subieron unas gitanas leyendo la mano a la gente de la vecindad, el niño desapareció; Federico, nuestro chiquitín hermano, había sido raptado y estaba en poder de las gitanas. Celso, tan pronto supo la noticia, ensilló el Rocillo y se fue a galope tendido por el camino real. Las habían visto en el Roble y hacia allá se dirigía nuestro hermano. En la casa todos quedamos a la expectativa y dolía en el alma ver la cara



Powered by CamScanner

de madre que era una máscara de angustia.

Cuando ya empezaba a caer la tarde vimos que se acercaba un jinete a lo lejos, por entre los árboles: era Celso; se fue por el sur y llegó por el norte. El caballo resoplaba y mascaba el freno indomable, todo sudoroso, aunque sin perder su garboso paso. Erguido, con las riendas en la diestra, Celso traía el Rocillo al paso, sin premura, sin afán... Pero, ¿y nuestro pequeño hermanito? Cuando estuvo lo suficientemente cerca lo pudimos ver. Venía en ancas aferrado a la cintura del jinete, su carita encendida, sucia por el polvo del camino, sus cabellos dorados refulgiendo con la última luz del crepúsculo.

Ese día la alegría colmó nuestros corazones.



Powered by CamScanner

*ORSON FLANDES*

Powered by CamScanner

Todo ocurrió rápido y el cadáver de Orson Flandes yacía en posición semifetal en medio de un charco de sangre, casi debajo de la mesita donde quedó servido su almuerzo—una chuleta de carnero— el que apenas sí alcanzó a probar. La policía aún no había hecho su aparición y los transeúntes se agolpaban curiosos a la entrada del restaurante. El dueño del establecimiento y el mesero, un poco alterados, trataban de contener al público.

—Es Orson Flandes—dijo uno dentro del gentío —. Lo han matado.

—Les dan amnistía y luego los acribillan—terció otro—. ¿En qué país vivimos?

—Claro—gritó un tercero—; los comunistas son el coco de la democracia.

Pronto la muchedumbre fue creciendo y se hizo tan incontenible, que el dueño del negocio se vio obligado a cerrar las puertas mientras llegaba la gendarmería.

***

Sesenta minutos antes dos hombres habían entrado al restaurante. Fueron directo al mostrador a hablar con el dueño que controlaba la caja. Iban a ser



Powered by CamScanner

hasta ahora las once y el local todavía permanecía vacío. Varios ventiladores colgaban del techo para refrescar el ambiente. Las mesitas distribuidas en tres filas a lo largo del salón, con manteles rojos y pequeños adornos florales, daba una sensación de pulcritud y limpieza.

—¿Cuál es su nombre?... Gordo—dijo el más alto de los dos.

Vestía un blue-jeans desteñido y camisa del mismo color y llevaba ceñida sobre su cabeza una boina negra echada ligeramente hacia delante. El otro por el contrario vestía un traje gris, y se veía a las claras que no eran de la ciudad, por su acento y rostros rubicundos.

—¿Mi nombre?—dijo el interpelado, sorprendido; luego, mirándolos a la cara— : ¿Para qué quieren mi nombre? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Si oye Lolo?, el cabezahueca quiere saber quienes somos nosotros; vamos... dícelo.

—Somos los arreglacuentas—dijo el hombre del traje gris inclinando su cuerpo por encima del mostrador y desconectando el teléfono de un manotazo.

—Cómo lo llaman. Se me ha estado haciendo el idiota desde que se lo pregunté—volvió a insistir el hombre de la boina.

Ni... Nicanor Silvestre—dijo el gordo con un leve temblor en la comisura de sus labios.

—Y como llaman al estúpido que está limpiando las mesas.

—Miguel.

—Llámalo.

Miguel se acercó con un trapo en la mano a atender el llamado del administrador.



Powered by CamScanner

—Estos hombres quieren hablar con usted.

El muchacho se estremeció al ver la palidez que reflejaba el rostro del dueño del establecimiento.

—Qué pasa—dijo.

—Aquí no pasa nada y calla esa boca de soplón —dijo el hombre de la boina—. ¿Quiénes están en la cocina?

El administrador ladeo la cabeza.

—Las dos mujeres que guisan—dijo

—Bien... yo me quedo con estos dos caballeros. Es su turno en la cocina, Lolo.

El hombre llamado Lolo pasó al otro lado del mostrador, se asomó a través de la tronera por el que pasaban los platos, vio allí a las dos mujeres completamente abstraídas en sus oficios, e inmediatamente empujo la puerta que comunicaba a esta dependencia.

Afuera, el hombre de la boina esperó que su compañero controlará la situación en la cocina; el reloj del local marcaba las once y cuarto.

—No hay problemas con este par de putas —dijo el llamado Lolo asomando su rostro rojizo por el ventanuco.

Las había amarrado y amordazado cerca de la despensa y yacían en el suelo expresando sus ojos un pánico terrible.

—Qué se proponen— dijo Miguel.

—Sí oye Lolo. El muchacho quiere saber qué nos proponemos.

—Darle el último adiós a un amigo. Pero vamos Pepe... no se deje interrogar por ese mocoso. Mándalo al demonio.

—Es lo que haré —dijo su amigo—; dígame mequetrefe, conoce usted a Orson Flandes.



Powered by CamScanner

Miguel miró a Nicanor, el propietario, pero de sus labios no salió palabra alguna.

—Oye Lolo, qué te parece el muchacho.

—Que es un pesado de la mierda

—A ver pesado, no juegues con tu suerte —exclamó Pepe fijando su mirada en el chico. Se había quitado la boina y guardado en uno de los bolsillos traseros del pantalón. En su cráneo de pelo firme y ondulado se veía la demarcación de su gorra—; y bien —continuó diciendo —, ¿conoce el tipo que le mencioné?

El muchacho hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Háble me de él.

—Es uno de nuestros clientes.

—Eso ya lo sé.

—Un ex militante amnistiado por el gobierno.

—¡Qué el diablo me lleve! ¿Es que piensa que acaso no lo sabemos? Dígame sabandija, cuales son sus platos favoritos.

—Las chuletas señor.

—¿Seguro?

—Es lo que siempre acostumbra a pedir.

—Es un hombre de muy buen apetito —dijo humildemente Silvestre.

—¿ y a quién diablos le importa eso? — fue la respuesta de Pepe.

Una especie de automóvil estacionó frente al establecimiento. De él bajo un hombre entrado en años, de porte elegante, quien enseguida se dirigió al restaurante.

—Hola Miguel —saludó —. Cinco almuerzos corrientes para llevar.

El muchacho se excusó diciendo que tenían pro-



Powered by CamScanner

blemas con una de las estufas y que de momento no había nada listo todavía.

—Qué demonios —dijo el hombre.

Salió.

—Bien, eres todo un caballero —dijo el hombre llamado Pepe —. Ahora ve a la cocina.

Miguel fue a preparar el menú de Orson Flandes y sentía en el alma no poder hacer nada por él; allí vio a las dos mujeres amarradas y amordazadas, tiradas en el piso, espalda contra espalda, y al hombrecito que habiendo corrido discretamente la tabla que cerraba el ventanuco, se mantenía a la expectativa sentado sobre un gran banco, con la cacha del revólver asomando fuera de la pretina del pantalón.

El tiempo transcurría inexorablemente; un hombre, al parecer un tanto ebrio hizo su aparición y pidió que le trajesen cualquier cosa. Miguel le trajo unos huevos revueltos, arepa y arroz, y el hombre comió pagó y se fue.

El ambiente era tenso en el restaurante y solo se escuchaba el rumor de los ventiladores. A las doce en punto el hombre de la boina pidió el periódico y algo de comer, y se dispuso a esperar a su invitado de la manera tranquila como se espera a un animal de monte para matar. Nicanor y el muchacho no podían sentirse peor sabiendo lo que iba a pasar. A cada instante les parecía ver aparecer en la puerta la figura de Orson Flandes, siempre confiado, a pesar del peligro en que vivía.

***

Hacia las 12:30 Orson Flandes hizo su aparición



Powered by CamScanner

en el restaurante. Alto y corpulento como un guarda-espaldas, traía una cartera de mano y fue a sentarse en su sitio habitual. El calor era sencillamente insoportable y solo después de haber tomado asiento, cayó en la cuenta de lo vacío que estaba el restaurante. A su derecha, tres mesas más allá, el único comensal estaba rematando su almuerzo mientras ojeaba vagamente el periódico. Llevaba puesta una boina negra echada ligeramente hacia delante y parecía el ser más despreocupado del mundo.

Miguel, guardando la compostura de siempre, se acercó a la mesa del recién llegado.

—Mucho gusto señor Flandes.

—Hola Miguel; tráeme lo de siempre. A propósito, ¿por qué tan vacío el restaurante hoy?...

—Esta mañana hemos tenido problemas con una de las estufas —mintió Miguel —, y hemos perdido casi toda la clientela.

—Bueno, al menos yo he sido uno de los que ha corrido con suerte—observó Orson Flandes sonriendo al muchacho.

—Algo de tomar, señor Flandes.

Orson se lo hizo saber y el mesero se retiró sintiendo que se le revolvían las tripas. «No, no has corrido con suerte Orson, te van a matar», se dijo mientras volvía con la bandeja y una garrafa de limonada fría.

***

—Oye —dijo el hombre de la boina dirigiéndose a Orson en el momento en que este saboreaba su primer bocado—. Ya se enteró de lo que dice el periódico: mira no más.



Powered by CamScanner

El otro le tiró el diario y cuando Orson trató de reaccionar, el segundo hombre le disparó desde la cocina a través del ventanuco; Orson cayó de bruces con varios impactos en el cuerpo, herido mortalmente. El hombre de la boina se acercó y le disparó todavía otro par de tiros.

—Hemos terminado aquí —dijo.

Salieron.

El levantamiento del cadáver se hizo entre la protesta de la gente que clamaba justicia. En la cocina, las dos mujeres al ser desatadas entraron en histeria. Nicanor y el muchacho, fue muy poco lo que aportaron en la descripción de los asesinos.



Powered by CamScanner

# *UN ARTISTA DEL CRIMEN*

Powered by CamScanner

Era el momento apropiado. No podía esperar más. La gente poco a poco se fue yendo y la casa empezó a quedar vacía de invitados. El último en marcharse por supuesto fue su amante. Saborearon todavía otro trago de champaña sentados íntimamente en una mesita al borde de la piscina, se acariciaron y finalmente se despidieron.

Fue una fiesta de lo mejor, la anfitriona había estado contentísima y de verdad se veía muy bien conservada para estar celebrando ya sus treinta y cinco de existencia.

Tenía que arreglarme para el momento, entré a mi cuarto de empleado, me acicalé, cogí el estuche donde guardaba mis instrumentos y salí en busca de la patrona; dos meses antes, en nuestro sitio de reunión, el contacto me había dicho:

— Esta vez se trata de una dama, viuda y en posesión de una gran fortuna.

Tomé el sobre manila con todos los datos y me marché a mi guarida; no había asesinado a una dama y ahora se me presentaba ese reto. Debo aclarar que me considero un artista del crimen, en consecuencia mis trabajos tienen que tener el toque del arte, lejos de la forma anticuada y chapucera del común, que dejan un sabor estrafalario en el riesgoso oficio de asesinar. Pero no culpo a estos colegas —permítaseme llamarlos así



Powered by CamScanner

por esta única vez —, pues son cerebros carcomidos por los vicios, o bien personajes desesperados muertos de hambre, seres frustrados, lastres de una sociedad en crecimiento que hacen de la profesión un medio de venganza, de desahogo, más que de toda condición artística.

Después de planear durante varias semanas el asunto, entré como empleado de jardinería en la mansión. El mayordomo, un tipo grasoso y narigudo me recibió en su despacho, observó minuciosamente mis referencias y papeles y plenamente complacido me ha dicho: «el puesto es suyo».

No tuve ningún roce con la señora hasta cierta mañana cuando al acercarse a nadar a la piscina, me pilló mirándola fijamente; traía puesto un bañador azafranado que compaginaba perfectamente con sus cabellos de cobre y su piel tostada.

Parecía un tanto perturbada. Dijo:

—Supongo que usted es el nuevo jardinero.

—Lo soy señora.

—Tenga por favor cuidado con mis plantas. Son mi adoración.

Desde entonces no habíamos tenido ninguna otra clase de acercamiento; con una agilidad que a mí mismo me sorprendía, crucé el césped, me metí en los amplios pasillos adornados de gruesas columnas, crucé por las fuentes donde destacaba el conjunto de leones tallados exquisitamente en piedra, y finalmente llegué a las escaleras que conducía a los aposentos. Por un momento me detuve pegado a la pared: los relámpagos rasgaban la noche y el ruido de los truenos era ensordecedor. Sonreí y quedé fascinado por la tormenta que se avecinaba.



Powered by CamScanner

Mientras permanecía allí, la mansión quedó en tinieblas y yo avancé sigiloso entre las sombras; al llegar arriba se restableció el alumbrado, pero la luz llegó débil y vacilante. La brisa me golpeaba en ráfagas, húmeda y fría. El cuarto de la doña estaba iluminado y al golpear con los nudillos en la puerta, empezaron a caer las primeras gotas. Al abrir, la dama dejó escapar un suspiro y la sorpresa se pintó en su rostro.

—¡Usted!... ¿Qué hace aquí?

—Vengo a cumplir con mi deber, señora.

— ¿A cumplir con su deber?

—Exacto.

—Su deber es cuidar mis plantas.

—Mi deber es usted.

—¿Cómo? —Exclamó espantada.

La miré de lleno, directamente a los ojos, sin pestañear siquiera . Aprovechando el momento en que no salía de su asombro, viéndome allí en el hueco de la puerta, con mi traje oscuro —no propiamente el de jardinero—, entré y cerré la puerta sin violencia, con la tranquilidad de la araña que sabe que va atrapar la mosca. Conozco el caso de algunas víctimas, que ante el estupor, no se atreven ni a gritar, optan por acurrucarse en un rincón y volverse un ovillo, presas de un terror inmenso, que es la esencia a la que todo artista del crimen debe llegar.

La viuda me miraba atónita, de pie en medio de la estancia con las manos en el pecho, sintiendo los latidos de su corazón como golpes de tambor. Lucía una bata amarilla donde se alcanzaba a vislumbrar la voluptuosidad de sus carnes. Una de las ventanas había quedado a medio cerrar y la brisa agitaba el gran cortinaje. Como la lluvia empezó a arreciar, decidí cerrarla



Powered by CamScanner

para evitar un posible resfriado a mi víctima. Entonces procedí a abrir el estuche enguantando mis manos con la delicadeza de un cirujano.

—Dígame, qué es lo que usted se propone — barbotó la viuda incrédula —.¿Asesinarme?

—Eso salta a la vista —dije indiferente casi de espaldas a ella, mirándola oblicuamente mientras preparaba mis instrumentos.

Asombrada, no era capaz de moverse del sitio donde estaba.

—Por favor, qué motivos tiene usted para quitarme la vida —escuché que me decía casi entre sollozos.

Dentro de mi trayectoria de asesinatos me he dado cuenta que las víctimas se interesan sobremanera por saber eso de la causa o razón por la cual van a ser ejecutadas. Yo me divierto con el aguijón de esa incertidumbre y siempre permanezco en silencio.

—¿Por qué? ¿Por qué a mí? —exclamaba la viuda en los paroxismos del terror.

Como acto final, saqué la pequeña grabadora de bolsillo, la prendí, y al instante la música de Wagner empezó a fluir, ahogada entre el rumor de la lluvia. Fuera de sí, la mujer corrió a encerrarse en el baño. Resbaló y cayó cuan larga era en la hermosa alfombra persa; su abundante caballera se esparció por el suelo, toda ella se agitaba, los metales brillaban en mis manos, la última escena iba a empezar...



Powered by CamScanner

# *UNA AVENTURA AMOROSA*

Powered by CamScanner




Constantino Cristo esperaba impaciente en su moto a la sombra de los árboles del parque. La mañana estaba ya un poco avanzada y la ola de calor era desesperante. Florenia apareció por donde menos esperaba, y sintió rabia al verla acercarse con una sonrisa a flor de labios después de un retraso de más de diez minutos.

— Pensé que ya no ibas a venir—dijo un tanto irritado.

— Tuve inconvenientes a última hora — se disculpó Florenia.

Hacia ya dos meses que se conocían y se veían a hurtadillas, pero hasta ahora se les presentaba la oportunidad que ellos deseaban. Sus vidas eran completamente distintas, pues si Florenia era infeliz con su marido, Constantino Cristo por el contrario no tenía motivos para quejarse de su vida matrimonial : adoraba a su esposa y la iba muy bien con su suegra, pese a que era una mujer muy terca que se preocupaba demasiado por ellos; de modo que él estaba seguro que lo de Florenia no iba a marchar... Tan seguro, que después de aquella cita tenía pensado comenzar a distanciarse.

— ¿A dónde vamos? — inquirió cuando se alejaban del parque.

— No sé — dijo ella despreocupadamente —; a algún lugar.



Powered by CamScanner

A Constantino Cristo todas las cosas le parecían sonreír mientras se desplazaban por la ciudad. Sin embargo, un miedo indefinible roía sus entrañas, un miedo que al mismo tiempo lo impulsaba a acelerar las cosas.

—Vayamos a la calle del amor —exclamó

—¿La calle del amor?— dijo la joven espantada —. Ese es un sitio abominable; la otra vez encontraron una persona muerta.

—Ya sé — dijo Constantino —, vamos por el lado de los batallones—, y acelerando la moto, giró bruscamente por una calle lateral. El tráfico como todos los domingos a aquella hora, era más bien escaso en el centro de la ciudad. Desembocaron en la avenida de los Héroes, y luego a mitad de ella, se desviaron a la derecha por una calle adyacente que finalmente los dejó en la carretera de su destino. Constantino Cristo puso a marcar la moto a setenta. Conducía con las manos separadas y salidas, lo que hacía notar más su giba de gordo. Florenia agarrada tiernamente a la cintura de él, se complacía en contemplar el paisaje que se escapaba a su lado: llevaba puesto un sencillo conjunto verde, y sus uñas y labios estaban pintados de un color rosa pálido, que constrataba con su piel de canela; a veces para evitar el choque del aire, ocultaba el rostro en la espalda de su compañero.

En el puente del Colorado se detuvieron un momento a observar los bañistas; luego, adelante, donde se sentía un poco más la soledad, torcieron a la derecha por un camino que los dejó en un paraje de grandes y robustos árboles, en que la nota predominante era el ruido de las cigarras. Bajaron de la moto y, tras cruzar una cerca de alambres, llegaron hasta un sitio



Powered by CamScanner

umbrío donde podía sentirse correr el aire de la llanura. Indecisos y como apenados, se sentaron el uno frente al otro en el tapete de hojas y de pasto. Constantino Cristo sabía que aquella aventura estaba por tocar a su fin, su fin absoluto. No iba a volver a ver más a Florenia.

El aroma suave y fragante de la mujer, le envolvía, le enloquecía ..., pero, ¿por qué pensaba precisamente ahora en su esposa, en sus chiquillos e incluso en su suegra, aquella mujer tan celosa de sus vidas? Todos lo creían en el club de motocicletas: había mentido y nadie sospechaba nada, pero su conciencia no estaba muy tranquila.

Suspiró y sonrió sin motivo a Florenia que lo observaba con mirada pensativa.

— Sabes — dijo ella—, a pesar de que no quiero a mi esposo es la primera vez que le voy a ser infiel... ; la primera vez, te lo juro.—Estaba sentada con las piernas extendidas y el tronco echado ligeramente hacia atrás , como en una actitud de abandono; su rostro se había puesto reflexivo, nostálgico—. No me crees ¿cierto? — dijo; y pareció que de pronto se iba a poner a sollozar .

— Vamos , vamos —dijo Constantino Cristo consolado —; claro que yo te creo ... como no habría de creerte .

Se paró frente a ella, alto y pesado, con su rostro de gordo tierno e infantil. Florenia observó primero sus botas, luego lentamente fue levantando la mirada hasta encontrar el semblante de aquel cuerpo que se alzaba ante ella; sus ojos estaban humedecidos por el llanto. Se apoyó en la mano que le extendió



Powered by CamScanner

Constantino y se puso en pie; eran casi de la misma estatura .

— No sabes cuánto te quiero – le dijo. Lo besó; luego, como en un mutuo acuerdo, echaron andar por entre la arboleda en busca de otro sitio todavía más íntimo. No habían dado más de una veintena de pasos cuando una patrulla militar surgió ante ellos .

Los interrogaron y a Constantino Cristo se le registró y se le exigieron sus papeles de identificación. Todo estaba en orden; empero, los dos eran sospechosos.

— Así que daban un paseo, ¿eh ? —dijo el que estaba al mando—. Esto no es un parque .

Constantino se paso una mano nerviosa por la testa. Estaba pálido y su rostro denotaba una gran preocupación. Todo había ocurrido tan rápido, tan inesperado, que aun le parecía increíble que aquellos soldados estuvieran allí delante de ellos.

—No sabíamos que fuera un área militar —dijo.

—De todas maneras tendremos que arrestarlos.

—¿Arrestarnos? –intervino Florenia, airada —. ¡Pero por Dios ! Con quién nos confunden.

El soldado la miró.

—No los confundimos con nadie —dijo —; simplemente son sospechosos.

—¿Sospechosos ?...Pues créame que no tienen derecho.

—Derecho a qué.

—A arrestarnos por una simple sospecha – dijo la joven al borde de la histeria.

La respuesta del soldado fue terminante; pero cuando ya se iban a poner en marcha, Constantino reaccionó desesperado.



Powered by CamScanner

—¿No habrá alguna forma de arreglar esto? preguntó con la ansiedad de quién se juega su última carta.

El recluta lo envolvió en una mirada interrogativa.

—Qué es lo que usted insinúa ...

Constantino Cristo tragó saliva; ahora la duda lo asaltaba. Observó a Florenia y se dio cuenta de que había lágrimas en sus ojos. A lo mejor, se dijo, termino por complicar las cosas. Entonces sintió rabia y deseos de ponerse a llorar también .

—Nada — dijo al final en un tono apático . Y sacando las llaves agregó no menos indiferente: — Tengo una moto... está del otro lado de la cerca.

Los llevaron directo a la guardia y de allí fueron remitidos al subcomandante del batallón, un hombre bajo y calvo de manos velludas, que ostentaba el grado de mayor. En camiseta , y paseándose delante de ellos con las manos atrás y los puños cerrados, inició el interrogatorio. Comenzó blandamente, sin presionarlos mucho, pero a medida que transcurría la interpelación, sus preguntas empezaron a hacerse cada vez más capciosas e intrigantes ; a lo último, Constantino decidió poner fin a este insidioso sondeo, y muy a su pesar le explicó el porque estaba allí con su amiga.

Fue algo sorpresivo: los habían hecho llevar a una especie de sala de conferencias, y el mayor se quedó observándolos en silencio, colérico y un tanto decepcionado .

—Así que andaban buscando un lugar para hacer el amor, ¿eh ? —dijo al cabo en un claro tono de burla —. ¿Es que parezco idiota o algo así ? Resulta ridículo cuando hay tantos buenos sitios donde hacerlo... no, al diablo con ese cuento, es absurdo.

Avergonzados, sabiendo que no había otra alter-



Powered by CamScanner

nativa, decidieron explicar la verdad.

—El caso es —dijo Constantino sintiendo el rubor de la vergüenza en la cara —que ella es casada y yo también... Y este... Necesitábamos un sitio discreto..., fuera de lo común.

—Es verdad –corroboró la mujer — ; ¡Por favor, tiene usted que creernos!

— ¡Ah si ! —dijo indignado el mayor paseándose delante de ellos con pasos reflexivos —. Esto si que es interesante.

Continuó moviéndose meditativo, resonando sus pasos en la estancia, hasta que acercándose a Constantino exclamó :

—El nombre de su esposa y la dirección de su residencia .

Constantino pareció no comprender muy bien.

—¿Cómo ? —dijo, ahogándosele la voz .

—Me dijo que era casado, ¿no ? —replicó el mayor —. Quiero el nombre de su esposa y el sitio donde vive.

¿El nombre de su esposa ? ¿La dirección ? ¿Para qué? Pero fuese lo que fuese, sabía que era inútil protestar. Inmóvil, Florenia lo observaba tensa con los labios ligeramente entornados. Él levantó la vista y la miró; luego con cierta dejadez dio los datos al mayor.

El oficial anotó nombre y dirección en una libreta de apuntes, llamó a dos soldados y entregó la nota a uno de ellos diciendo:

—Vayan a esa dirección y pregunten por la dama que figura ahí; díganle que su esposo está detenido y que es necesaria su presencia en este batallón. No le den más detalles al respecto.

Consternados, vieron cómo los dos soldados abandonaban la estancia para cumplir la citada orden; Florenia



Powered by CamScanner

fue la primera en hablar.

—¡Cómo pueden hacernos esto! —exclamó ; su rostro de facciones bien delineadas tenía la incredulidad de la persona que está viendo una aparición —. ¡Es algo absurdo... inconcebible!

—Más absurdo e inconcebible es lo que ustedes tratan de hacerme creer. –El mayor les había dado la espalda como ajeno a toda súplica; bajo y macizo, se balanceaba sobre la punta de sus botas con las manos entrelazadas a la espalda. Constantino lo miraba, serio y con cara de circunstancias. Dijo :

—Se da cuenta usted que va a arruinar nuestras vidas.

Se volvió hacia ellos con cierta brusquedad ; luego, tras una larga pausa dijo:

—Quiero la verdad.

—¿La verdad? —exclamó la mujer histérica —. ¡Pero por Dios, ya se la hemos dicho! A ustedes les gusta hacer confesar verdades inexistentes... cuando llegue esa señora se dará cuenta de su canallada.

El subcomandante palideció.

—¿Quiere usted acarrearse más problemas de los que tiene jovencita ? Le ruego que retracte sus palabras o de lo contrario...

—O de lo contrario qué –replicó ella con la voz quebrada por el llanto —. ¿Cuáles son nuestros cargos? ¿De qué se nos acusa? ¿Qué hemos hecho?

El mayor posó en ambos una mirada escrutadora; luego con un dominio reposado en su voz dijo:

—No puedo arriesgarme a dejarlos marchar, sin comprobar si lo que me dicen es cierto. Todo eso suena demasiado ambiguo.

La mujer continuó aun histérica, pero Constantino



Powered by CamScanner

intervino para evitar empeorar las cosas. Sabía que el mayor estaba dispuesto a llegar hasta el fin sin importarle consecuencias. Llorosa como estaba, ella no dejaba de dirigirle una que otra mirada, como preguntándose por la suerte que les aguardaba. Constantino se limitaba a mirarla en silencio. Cuando la conoció aquella tarde en el supermercado, no imaginó que el destino les tuviera reservado algo así. Desde un principio le había impactado por su gracia y donaire, por su piel atezada y dientes de alabastro que le daban un cierto aire místico como de mujer oriental. Sin embargo, cuando en la segunda oportunidad lo llamó y desde el otro extremo del hilo le dijo casi sin preámbulos: «Te quiero, te amo, eres mi hombre», sintió un poco de temor y se dijo que no iba poner en peligro su hogar precisamente por ella; pero he ahí, que el día que deseaba poner fin a esta aventura amorosa, el destino le jugaba una mala pasada para que todo quedará al descubierto. ¿Cómo reaccionaría su esposa a todo esto? ¿Que diría su suegra, esa mujer que se ufanaba de él por su compostura y señorío, y al que no creía capaz de cometer el menor desliz? No, no quería ni pensarlo. Abstraído estaba en sus pensamientos cuando un ruido de pasos en el fondo del aula lo sobresaltó. Por una puerta lateral, del otro extremo de la estancia, había hecho su aparición un sacerdote: no era otro más que el capellán. Entró con paso rápido y dinámico, pero al darse cuenta de la presencia del subcomandante y su comitiva, decidió volver sobre sus pasos. El mayor, empero, se dirigió al punto hacia él y lo llevó a un ángulo del salón .

—Nada más oportuna su presencia, padre –le dijo.

El padre lo miró. Era de aspecto agradable y tenía



Powered by CamScanner

el pelo cortado como un cepillo. Llevaba gafas de aumento y una cartera de mano bastante lustrosa. Parecía tener prisa. Dijo :

—En qué puedo servirle mayor.

—Veras padre: esa pareja que usted ve allá, fue encontrada en el área de los polvorines; al interrogárseles, resultó que cada uno era casado y que lo único que andaban buscando era un lugar para hacer el amor.

El padre observó a la joven y abatida pareja con inusitado interés, ajustando un tanto sus gafas. La expresión candorosa de su rostro, ponía de manifiesto su carisma de hombre de Dios.

—Como es de suponer, padre –prosiguió el mayor —, no les creí en lo absoluto; así que mandé a llamar a la supuesta esposa de este para comprobar la veracidad de los hechos. De llegar a ser cierto, tendremos un caso típico de infidelidad.

El padre que lo había escuchado en silencio, se acercó a la pareja ; luego volviendo al lado del mayor exclamó:

—Creo mayor, que se está cometiendo un error, una injusticia.

—¿Por qué ? Padre –quiso saber el subcomandante, sin parecer en sí muy sorprendido.

—Ellos dicen la verdad –murmuró el padre aclarando la voz —, y lo que va es a destruir dos hogares.

—Por qué está tan seguro padre..., bien podría tratarse de dos insurgentes.

—Vamos mayor ; vasta verles la cara para darse cuenta uno que son inocentes. ¿Les encontraron algún arma o cosa por el estilo ?...

—Esta gente no siempre anda armada. Pueda que estuvieran ultimando detalles para algún posible ataque terrorista; es mi preocupación.



Powered by CamScanner

El padre consultó su reloj e hizo un gesto de impaciencia.

—Por favor mayor, piense en la ruina que les espera. Usted quería mi opinión, ¿cierto? Pues esa es... la de dejarlos en libertad.

—Pero si dicen la verdad –dijo el mayor incongruentemente —, quiere decir que tenemos un par de infieles, y la iglesia castiga la infidelidad; o no, padre.

El padre suspiró.

—Deja eso en manos de Dios –dijo con una expresión beatífica en su rostro. Su mirada se posó por un momento en la infortunada pareja —. Ellos ya han tenido suficiente castigo.

El subcomandante frunció los labios, caviloso.

—Le haré la siguiente proposición –exclamó con ese aire serio y grave de los militares cuando tienen que decidir cosas de importancia — : si los dos soldados que recibieron mis órdenes, aún no han abandonado el batallón, ellos quedarán libres. Pero si al contrario, ya están en el cumplimiento de su deber, no habrá nada que hacer.

El padre prefirió no hacer comentarios y esperar; al cabo de un momento el mayor reapareció.

—Se hará esta vez como usted dice, padre –dijo —. Los dejaremos en manos del Supremo Hacedor. El precisamente les acaba de hacer un milagro.

—¿ Un milagro ? —Él padre lo miró con cierta curiosidad ; empero, no quiso pedir ninguna explicación —. Un milagro –dijo al final, y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

***



Powered by CamScanner

—Están libres –les dijo el padre –, vayan con Dios y no pequen más.

Florenia fue la más sorprendida. Cuando en la primera oportunidad el padre se acercó a ellos, ella había dicho :

—Lo que es ese cura está confabulado con el mayor para hacernos una escena más adelante en presencia de su esposa. ¡Esto va a ser insoportable! ¡Humillante!...

—No se adelante a los hechos –le había reconvenido Constantino, que desde un principio había sentido gran confianza en el clérigo —. El es nuestra esperanza. Estoy seguro que aboga por nosotros. De modo que cuando se acercó y les dio la buena nueva, ella no hallaba si reír o llorar. En verdad hizo ambas cosas, pero cuando quiso besar la mano del sacerdote, este ya se alejaba con su paso rápido y dinámico.

***

Constantino Cristo se sentía eufórico. Mientras caminaban por las avenidas del batallón, sin un bache, sin una hoja de los árboles que se alineaban simétricamente a lo largo de ellas, observaba las instalaciones dispuestas como en una maqueta. Cada cosa parecía en su lugar : el prado rasurado a ras, las plantas cuidadosamente podadas con sus corralitos pintados de blanco. Todo daba un aspecto de armonía y limpieza.

En la guardia les entregaron la moto; como era día de visita había una gran algarabía, y soldados con uniformes y en trajes de paisano, se apretujaban en la guardia para ver a los suyos. Estos, impacientes también, esperaban al otro lado de la valla la hora que se



Powered by CamScanner

les permitiera entrar. A Constantino esta escena le trajo recuerdos de su vida de soldado. Él alguna vez, también lo había sido. Pero ahora lo que quería era irse, desaparecer.

Prendió la moto y empezó a acelerarla retumbando sordamente; Florenia esperó unos instantes antes de ocupar su lugar.

—¿ A dónde vamos ? —inquirió cuando se alejaban, indiferente ya a los hechos.

Constantino no contestó. Parecía concentrado en el manejo de la moto que conducía por todo el centro de la calzada.



Powered by CamScanner

# *UN CASO DE HOSPITALIZACION*

Powered by CamScanner

El médico encontró que tenía la tensión alta y me hospitalizó. Tuve que esperar por lo menos tres horas para que me viera. Era un fin de semana y había un buen número de gente en la sala de espera. Cuando entré al consultorio estaba cansado e irritado, pero en cuanto me vi frente al doctor no sé por qué me sentí como si nada. Garabateaba notas en una hoja de consulta y solo después de haberme sentado levantó la cabeza y me preguntó:

—Qué te pasa.

—No sé —le dije —. Tengo una fuerte jaqueca y un cierto malestar en el pecho.

Me examinó en segundos y cuando se disponía a reseñar mi caso, se abrió la puerta del despacho y entró precipitadamente su asistente.

—Doctor —exclamó la enfermera—. Acaban de traer dos heridos muy graves... uno de ellos se está muriendo.

El médico la miró.

—Pues si se está muriendo lo que necesita es un cura —dijo con cierto aire burlón.

La enfermera de pie ante el médico con los brazos en jarra, no pudo menos que sonreír. Era una mujer joven aún, pero obesa y escasa de estatura, con una cara redonda y unas manos pequeñas y gruesas como



Powered by CamScanner

las de una muñeca. A juzgar por la alegre expresión de su rostro se diría que estaba muy contenta de su oficio.

—Cuántos pacientes quedan... —quiso saber el médico.

—Por lo menos cinco o seis —dijo ella.

—Bien... atenderemos esos heridos.

La enfermera giró sobre sus talones y echó a andar con su paso de perdiz, pero antes que de abriera la puerta, el médico que tal vez se había olvidado de mi presencia la llamó y le dijo que yo me quedaba, que me asignara una cama. Huelga decir que mi sorpresa fue grande, me dijo que no era nada grave, que era algo referente a mi presión sanguínea, pero que era mejor que me quedara en observación.

Sin otra alternativa seguí a la enfermera cabizbajo.

En la sala de espera, tal y como lo dijo nuestra amiga, yacían dos hombres en sendas camillas en muy mal estado. Ambos estaban inconscientes, pero uno de ellos apenas si respiraba y presentaba una tremenda herida en la parte posterior de la cabeza, que hacía prever lo irremediable. El otro no menos grave, era un joven de una gran complexión atlética y su respiración era agitada y complicada. En la camilla, semidesnudo, su caja toráxica se expandía al máximo en cada respiración, y al exhalar el aire, un torrente sanguíneo amenazaba ahogarlo.

Evidentemente su estado era delicado y alguna contusión interna le producía esta clase de hemorragia. Y a no ser por su admirable fortaleza fisica, creo yo, otro en su lugar hubiese muerto. Siempre he sido susceptible a estas escenas, hasta el punto de enmarcarlo todo en un cuadro gris y fatalista. Según escuché fue un accidente de tránsito; todo ocurrió cuando un vehí-



Powered by CamScanner

culo al tratar de hacer el quite a un bache, embistió al otro que venía en sentido contrario, presentándose la colisión, simple y absurda.

Las luces del hospital relampaguearon y se encendieron iluminándolo todo con una luz blancuzca y macilenta. El más grave de los heridos falleció mientras se le atendía, y al cabo la enfermera pasó a mi lado y me hizo señas de que la siguiera. Fui tras ella como un autómata; al final de un largo y frío pasillo me presentó a la enfermera jefe. Ésta sin pérdida de tiempo empezó a pedirme los datos. Cuando se dio cuenta que era soltero me echó un rápido vistazo y su rostro pecoso sonrió maliciosamente; me desaprobaba o qué. Estuve a punto de decirle si me reprochaba el que fuese soltero, pero preferí tragarme las palabras. No valía la pena formar una tormenta de un vaso de agua.

El cuarto que me asignaron, amplio y espacioso, estaba ubicado en la segunda planta y daba a un pequeño jardín. Era para dos personas y ambas camas estaban disponibles. Debo decir que la situación me alegró sobremanera, sentíame un tanto misántropo y la soledad permitiría relajarme mejor y reflexionar más profundamente en mis asuntos. Me hice del periódico de la tarde, y ya empiyamado fui a instalarme en la cama al lado del gran ventanal. Descorrí las cortinas, abrí la ventana y en seguida sentí el aire fresco de la noche penetrar en el tórrido cuarto. Observé el fondo oscuro de un cielo tachonado de estrellas y en lo alto del cerro el monumento del Cristo Rey que resplandecía como un diamante. Estaba extasiado en este maravilloso espectáculo cuando la enfermera de turno hizo su aparición. Esbozó una leve sonrisa a manera de saludo, tomó mi presión, me dio a tragar unas pepitas y



Powered by CamScanner

salió enseguida tan silenciosa como cuando entró.

Al quedar otra vez solo la hipocondría empezó a atenazarme. Era como si el hecho de sentirme atendido en forma solícita con todo el registro de mis signos vitales, me hiciera a la idea de que algo grave estaba ocurriendo en mi organismo. Lamenté no tener al alcance un buen libro. El periódico de la tarde ya lo había leído y releído. Tal vez era bueno salir a la terraza. Desde mi sitio de observación había visto a más de uno desfilar por el pasillo hacia ese lugar. ¿Por qué no hacerlo yo? Sin otra perspectiva me levanté del lecho y opté por seguir la costumbre de los otros pacientes.

Me sentía torpe e intimidado y decidí en lo posible no confraternizar con nadie. No era la primera vez que se me recluía en un centro hospitalario, pero en esta oportunidad la cuestión me había tomado por sorpresa. Tendría que llamar a la oficina y dar explicaciones. A lo mejor el viejo con todo el trabajo acumulado de los últimos días se pondría furioso ¡Al diablo! Que se las apañe como pueda. ¿Acaso se es cuerpo glorioso?

La pesadez del sueño me trajo de vuelta, pero al entrar a mi cuarto me llevé una desagradable sorpresa: en la otra cama como compañero de habitación, yacía el joven de complexión atlética bajo la atención de la enfermera de turno y otra especialmente asignada a él. Naufragaba en la inconsciencia y su respiración seguía siendo agitada y complicada. Realmente su estado era lamentable, con el pecho expandiéndose y encogiéndose como un fuelle, llenando la bolsa de drenaje con una sangre achocolatada y negruzca, que no cesaba de fluir a través del par de tubos nasogástricos. Lo limpiaron, lo asearon, cambiaron el recipiente de acumulación de orina y al final la enfermera de turno se cercio-



Powered by CamScanner

ró otra vez de mi tensión y con voz suave y cariñosa me ordenó dormir.

Pasé la noche presa de una terrible aprensión, que a fuerza mayor me mantenía despierto a pesar del letargo y la pesadez que me envolvía. Por más que lo intenté no logré conciliar el sueño; fue algo desesperante. Daba la espalda al herido para evitar ver su agonía, pero igual, escuchaba el gorgoteo de sangre en su garganta y su agitada respiración. Hay naturalezas demasiado impresionables y esta clase de prototipos estamos condenados de por vida a sufrir o sugestionarnos por cosas que no vienen al caso y que cualquiera otro dominaría en su momento. A eso de la media noche oí un rumor de voces en el cuarto, miré furtivamente por el rabo del ojo y vi a las dos enfermeras comodamente sentadas; estaban comiendo y ambas atacaban respectivas presas de pollo y charlaban alegremente entre si. En una ocasión una de ellas se acercó al paciente, acomodó la sonda vesical, se limpió con una servilleta y siguió con su merienda; rieron, contaron chistés, se fijaron en lo hermoso que era el herido y remataron la frugal cena con sendas tasas de café.

Al otro día, en vista de la gravedad, el herido fue trasladado a la capital y a mí se me dio de alta.

—Procure evitar las rabietas —me dijo el galeno —, y tome la vida con más optimismo.

¿A qué diablos vendrían estas palabras? El caso es que ya estaba listo para enfrentar otra vez al viejo Caradepiedra de mi jefe.



Powered by CamScanner

# *LA MANSIÓN DE LOS JUSTOS*

Powered by CamScanner

*Y el Señor me respondió: Escribe la visión, grábala en tablillas,— concaracteres bien legibles,— porque no es una visión para este tiempo:B — se dirige a un fin y no errará; — si tarda, espérala; — vendrá ciertamente, sin fallar: — el que no tiene alma recta sucumbe, — pero el justo vivirá por su fidelidad.*

*Habacuc 2,2-4*

Powered by CamScanner




Se sentía terriblemente solo y con la necesidad inmensa de la presencia de Dios. Él sabía que la morada de los justos era ese inmenso palacio como de mármol, iluminado cual si estuviera dentro de una burbuja de luz, allá en la distancia, cerca de las azuladas montañas donde se percibía una paz de ensueño y santidad. Cuántas veces había intentado llegar a ella por diferentes senderos, parajes, para otras tantas veces tener que regresar desesperanzado, en medio de una soledad que helaba su corazón; si trataba de alejarse, por más que pasara montes y valles y caminara durante días, al darse vuelta y otear en la lejanía, miraba la resplandeciente mansión de los justos como si nunca se hubiera alejado de ella. Y si intentaba llegar, discurriendo durante mucho tiempo, el paraje o río que pasara ahora, lo cruzaba una y otra vez repitiéndose la secuencia interminablemente, hasta que caía de rodillas y lloraba amargamente.

Tal era su sufrimiento.

Y cada día su desesperación era mayor. En el cielo no se veía un ave, en la tierra no se percibía ni el más insignificante reptil, el agua estaba huérfana de peces, los árboles sin frutos, todo era desolación, bajo una atmósfera fría, yerta, donde se notaba la ausencia como de la mano de Dios. Si era en el día no se observaba



Powered by CamScanner

por ningún lado la presencia de la alegría del sol, el arco del cielo aparecía siempre cargado de nubarrones como en el más triste día de invierno. La luz se iba apagando sin ningún ocaso en el horizonte, y llegaba la noche, espesa, horriblemente negra, las estrellas no asomaban nunca en la cenicienta bóveda celeste; en semejante ambiente, yendo de un lado para otro se alimentaba de hierbas, hojas, raíces, bebía agua ávidamente y se daba continuos golpes de pecho, gimiendo como un niño su desesperanza. El pelo, la barba y las uñas le habían crecido, pero no estaba solo en esta dimensión de caos y de locura, había tenido encuentros ya con semejantes y se huían unos de otros, espantados, cubriéndose las caras como apenados, y más sentía él la necesidad del refugio Divino; de noche en tanto que se lamentaba acurrucado bajo algún árbol, escuchaba a veces alaridos terribles, desgarradores, que rompían el silencio y la quietud de la envolvente oscuridad. Entonces se levantaba, observaba la mansión a lo lejos igual que un globo de luz, y abriendo la boca en un gesto desesperado, dejaba escapar un berrido también, haciendo de la noche un concierto macabro de lamentos; él tenía la impresión de que no iba a resistir. ¿Hasta cuándo iba a vivir así?

No sabía cuánto tiempo llevaba en este valle de dolor. El adoraba a su Señor y clamaba su perdón noche y día, pero el padecimiento de la falta de Dios era estremecedor. ¡Qué incertidumbre tan grande! Qué miedo tan horrible le roía las entrañas noche y día, miedo de saberse perdido para siempre, lejos de la imagen celestial, y allá en el principado de los justos que le era tan esquivo a él, la gloria del Todopoderoso se manifestaba en todo su sagrado esplendor.



Powered by CamScanner

Mientras lloraba como nunca su desgracia, tumbado sobre el suelo, allende a un silencioso arroyo a donde había ido a saciar la sed que le acompañaba siempre, sintió de pronto como un batir de alas, como una tibieza en el ambiente; impresionado levantó su demacrado rostro y vio a media altura, cerca de él, una nube de una blancura esplendorosa.

Una voz dijo: «Ten paciencia, tu tiempo llegará;» luego enseguida la blanquísima nube se llenó de luz, adquirió forma y se dibujó en el aire la esbelta figura de Nuestro Señor: sus brazos estaban separados a la altura de su majestuoso rostro, las manos abiertas, una túnica nivea le cubría del cuello a los pies. La visión duró escasos segundos, ya que rápidamente su etéreo cuerpo se llenó de puntitos y en un parpadeo su Divina imagen desapareció.

El, arrodillado, junto sus manos y oro: Dios omnipotente se había revelado ante sus ojos y le daba un mensaje de esperanza; en vez de exaltarse, la serenidad afloró en su cara como cuando Moisés bajo de la montaña con un rostro maravillado de la visión ante la zarza ardiendo. Esa noche descansó por fin y su tiempo llegó más rápido de lo que esperaba; una mañana, al levantar casualmente la mirada a lo lejos, se sorprendió al ver que la monumental mansión de los justos se movía y flotaba iluminando todo el contorno cual inmensa nave. De pronto giró hacia él y vio como un chorro de luz salía de ella y lo cobijaba. No tuvo más dominio sobre su cuerpo y sintió que rotaba y rotaba en forma vertiginosa; después se vio viajando a través del luminoso rayo de luz, ingrávido, flotando en forma fetal. Podía ver hacia los lados y darse cuenta de la negrura del abismo, insondable, tétrico. Muchos otros



Powered by CamScanner

focos atravesaban la terrible inmensidad, pero él no veía a nadie más viajando entre ellos. Adelante, lo único que miraba era el haz de luz en el cual él marchaba, y la siempre oscuridad del abismo.



Powered by CamScanner

*PICOPLATA*

Powered by CamScanner

En la finca de los Sompson, Picoplata era un caballlo viejo que en la violencia había estado al servicio de la guerrilla, discurriendo por esos caminos de cabra, sudando la gota gorda, transportando provisiones; luego había retornado a sus dueños, a los Sompson, y había estado activo durante un buen tiempo en el molino, o bien llevando pesadas cargas de café al pueblo: ahora empero estaba viejo y cansado y se había vuelto sonso y dormilón, sin más aliento para otra cosa que arrastrar su propio cuerpo.

Cuando los hijos de los Sompson se querían divertir con él, le tocaban la grupa, entonces daba coces y relinchos como si de pronto se posesionaran de él mil demonios, y los perseguía mostrando sus enmohecidos dientes con el ánimo de morderlos.

La finca de los Sompson era chica con sus cuatro matas de café y su pequeño potrero: en la cosecha no faltaba el pan en la despensa y el crédito en la cooperativa, pero después se pasaban necesidades, una veces más que otras. En la última cosecha hizo tanto frío en las faldas de las montañas, que el helaje alcanzó afectar el sembradío y dio al traste con la cogida. Ni siquiera se alcanzaron a pagar las deudas adquiridas y el crédito les fue retirado. Se vivía algo así como una especie de sequía donde había que aprovechar lo que fue-



Powered by CamScanner

se. A veces Rosy, el hijo mayor de los Sompson, se echaba la escopeta al hombro y si estaba de suerte regresaba con alguna pechiblanca o ardilla en su morral de cazador; fue precisamente por esos días que arribó el circo al pueblo: pronto la noticia llegó a oídos de Rosy: los dueños del espectáculo requerían cualquier clase de animales que ellos se ofrecían a pagar bien, para pasto de sus fieras .

Desde el día en que se instalaron en la plaza del pueblo se empezó a escuchar por todo el ámbito de la región, el rugido de las bestias dispuestas siempre a devorar lo que les trajesen. Rosy pensaba en la posibilidad de la venta de Picoplata, pero cada vez que escuchaba el bramido de las fieras terminaba por no decidirse. Se imaginaba al pobre animal destrozado por las garras de los felinos y se decía que no, que tal acción no era digna de él; empero, sus escrúpulos poco a poco fueron cediendo ante las necesidades apremiantes de cada día, y una mañana después del aguadepanela y el mendrugo, anunció lo que pensaba hacer.

Se escucharon voces de protesta; pero no fue algo convincente sino como un mero formalismo, pues en el fondo todos estaban rumiando la idea; al final el padre dijo: «puedes hacer con Picoplata lo que estimes conveniente, al fin y al cabo se está muriendo de viejo».

Picoplata se dejo llevar mansamente de cabestro al pueblo. Rosy fue directo al circo, le dieron cuarenta pesos y en el mercado gastó todo en provisiones. Regresó enseguida al rancho con el ceño fruncido, tratando de justificar en su conciencia el acto llevado a cabo.



Powered by CamScanner

# *VIAJE AL POBLADO*

Powered by CamScanner

Después de una visita de tres días al Poblado, al cabo de ocho horas de viaje habíamos pernoctado en la capital de la intendencia y el bus había salido de madrugada con destino a la ciudad de Villahermosa donde tenía fijada mi residencia. Llevábamos más de cinco horas atravesando interminables llanuras desérticas y aún no íbamos en la mitad de nuestra jornada. El calor, el polvo, y ese sol calcinante con su cara blanquecina que no daba un segundo de reposo hasta que finalmente se ocultaba al atardecer, desesperaba e irritaba.

En medio de semejante clima, aquí y allá, las compañías petroleras trabajaban incesantemente en la explotación del untuoso líquido, que transportaban en oleoductos al mar de la costa Atlántica y de allí en barco a Estados Unidos. El brazo armado era impresionante y en el día estábamos sujetos a tres o cuatro requisas con nuestro equipaje. Hacía apenas unas cuarenta y ocho horas la guerrilla había emboscado una patrulla militar y volado un oleoducto, derramándose el crudo y causando una gran conflagración y daños en el ecosistema; de modo que los registros eran inevitables.

Mi compañero de viaje, un mozalbete de escasos dieciocho años, viajaba al lado de la ventanilla ador-



Powered by CamScanner

milado y con la boca entornada. La mayoría de los pasajeros era gente de la región que subía y bajaba en cada pequeño pueblo. El resto, unos cuantos apenas, íbamos directamente a Villahermosa. El muchacho era uno de ellos y antes de dormirse habíamos estado platicando. Era alto y desgarbado y con el pelo cortado a ras como los militares. Llevaba una mochila de excursionista sobre sus rodillas y vestía blue jean y camisa a cuadros arremangada hasta los codos.

—A dónde viaja— le había dicho como por romper el hielo cuando el bus se ponía en marcha.

El joven que estaba ya semidormido se despabiló, y unos ojos grandes y negros me barrieron con una mirada curiosa e inocente.

—A la Hermosa— me dijo después de cierta vacilación.

Creí entenderle que cursaba estudios allá y que había aprovechado el puente para una visita a los suyos en la capital de la intendencia. Hablaba con desgana y se veía la facilidad que tenía de retraerse y caer en estados de letargo, sin importarle lo que sucediese a su alrededor. Se despertaba a veces, se sacudía del sopor, contemplaba fijamente el paisaje desolador que cruzaba ante sus ojos, y otra vez se rendía a la somnolencia; yo por mi parte me sentía torpe, sucio y aturdido, no hallando la hora de llegar a mi destino. En los tramos destapados, nubes de polvo invadían la flota causando verdadera zozobra en medio de la ola de calor. Casuchas, pequeñas parcelas, desfilaban ante la ventanilla y se miraban como abandonadas, pues la mayor de las veces no se observaba un alma. Era así, siempre lo mismo, con el sol apareciendo ya a la izquierda, ya a la derecha, en todo caso sin dejar espacio



Powered by CamScanner

para un alivio de sombra.

El Poblado es una región especialmente bananera. Los compradores llegan con sus camiones, recogen la cosecha y la llevan al mercado de las grandes ciudades. Naturalmente también allí operan los frentes guerrilleros. Las plantaciones se extienden simétricas e interminables a lo largo del río, y a pesar de la prosperidad pude darme cuenta de que algunos latifundistas tienen en venta sus terrenos, lo cual es bastante comprensible. Más hacia este lado no hay plantaciones, solo la árida llanura y la línea del horizonte juntándose a lo lejos; nunca antes había estado por estos lados de la patria. Hacer el viaje por tierra era mi propósito y lo estaba cumpliendo.

Era cerca del mediodía cuando entramos definitivamente a carretera asfaltada; el bus aceleró hasta adquirir una velocidad de miedo. Pasó raudo por un puente metálico, enfiló hacia la izquierda donde hábilmente hizo el quite a otra flota que venía en sentido contrario, cruzó por un caserío echando pito sin detenerse, pero una hora después desaceleró y se detuvo en Aguachica para abastecerse de combustible, recoger y dejar pasajeros. A la salida del pueblo había un puesto de control militar. Era el último según los entendidos. Nos hicieron bajar, hurgaron en nuestros equipajes, solicitaron documentos, repararon en el bus, amonestaron al chofer por minucias y finalmente nos dejaron partir.

Estábamos a escasas tres horas de Villahermosa. El calor había bajado un poco y la brisa entraba atropelladamente por la ventanilla. Mi compañero de viaje no dormitaba, al contrario, la cercanía parecía haberlo reanimado. Subió un tanto el vidrio para evi-



Powered by CamScanner

tar el choque del aire, y extrajo de su mochila una toalla de color verde que pasó repetidamente por el rostro, el cuello y las manos. Yo lo imite con el poncho que llevaba en mis hombros.

—Se supone que usted hace este viaje a menudo —le dije lo más cordial que pude—, y está acostumbrado a este trajín del demonio.

El joven sonrió.

—Es dificil acostumbrarse a estas idas y venidas —exclamó —. El polvo y el calor atolondran a cualquiera.

El bus iba tan rápido como podía y el muchacho terminó subiendo la ventanilla para no estropear su recién peinado cabello; hacía rato habíamos dejado atrás los oleoductos y campamentos petroleros. Todo indicaba que estaríamos llegando a nuestro destino un poco antes del anochecer; sin embargo, adelante del Cruce, justo a la entrada de una mata de monte, la flota se detuvo de improviso.

—La guerrilla —barbotó mi compañero de viaje y su rostro palideció.

En efecto, apostados a la margen de la vía, un grupo de guerrilleros detenía el tránsito ocasional como cualquier otra autoridad. Estaban armados hasta los dientes y uno de ellos subió al estribo del bus, saludó y ordenó bajar para un simple reconocimiento en el que según él, «nada debíamos temer». Daba impresión ver jovencitos y chicas en edad de ir al colegio, haciendo parte del bloque guerrillero, dispuestos a abrir fuego a la primera ocasión. Nos dividieron en dos filas, hombres a un lado y mujeres al otro, a la fresca sombra de la mata de monte; después de una arenga revolucionaria vino la etapa de reconocimiento en la que saluda-



Powered by CamScanner

ban y repartían propaganda. Éramos los últimos en la fila de hombres con mi compañero de viaje, y al acercarse a él y estrecharle la mano, el miliciano se quedó observándolo maliciosamente; al final dijo:

—He aquí un soldado de la patria, camaradas.

El chico me miró un tanto azorado y su cara de miedo le hizo dar un brinco a mi corazón.

—Tranquilo —le dije quedamente —; aquí no va a pasar nada.

Terminada la inspección ordenaron seguir a la flota. La gente empezó a movilizarse en orden hasta el bus, pero cuando el muchacho fue a subir, el miliciano lo detuvo.

—Usted no, perro —vociferó, y le exigió quedarse.

El joven se estremeció.

—¿Por qué? —Dijo desconcertado posando en él una mirada de incertidumbre.

—Por qué eres un puto soldado. Vamos, el resto al bus —exclamó haciendo sonar las manos.

Ante esta situación tan apremiante, resolví no subir a la flota. El militante me miró con sus ojos saltones y enrojecidos.

—Oye amigo —me dijo acercándose y echándome encima su aliento inmundo de tabaco —, no se complique la vida; el bus lo aguarda.

Era un hombre corpulento de unos treinta a treinta y cinco años, con una barba espesa y larga donde su boca era como la hendidura de una alcancía que apenas se vislumbraba. Llevaba una gorra de camuflaje sobre su gran mata de cabellos e iba vestido de militar, sin insignias, a excepción de la gorra que ostentaba en el centro una estrellita metálica con una pequeña inscripción encima que rezaba: «Che».



Powered by CamScanner

—El muchacho no es lo que usted piensa —dije tratando de mostrarme lo más sereno posible—. Es un estudiante.

El militante hizo un gesto de impaciencia y clavó en mi su mirada de águila.

—¿Tienen algún parentesco?..

Desde hacía rato dos o tres moscardones revoloteaban locamente de aquí para allí, fastidiando, zumbando feamente en la tensa calma. Me sentía algo así como un animal enjaulado que trata de buscar la salida sin hallarla. A lo último me decidí y dije sin más reparos:

—Somos solamente compañeros de viaje, pero no me iré sin él pase lo que pase.

El rebelde me miró hecho una furia, desenfundó la pistola y con un movimiento rápido la llevó a la altura de mi frente. Confieso que se me heló la sangre en las venas: cerré los ojos y casi al instante escuché una detonación en mis propias narices que retumbó en todo el ámbito; luego se hizo un silencio mortal y me sorprendía que aún siguiera con vida: al abrir los ojos vi a mi compañero boca abajo, sobre la margen de la vía, en estado agónico, convulsionándose como un pollo cuando es desnucado. Después se estuvo quietecito y el par de moscardones empezaron a zumbar alrededor de él. El miliciano todavía con la pistola en la mano, explicó a voz en grito «que esta maldita guerra no la habían inventado ellos sino el gobierno». Me ordenó subir otra vez y me dijo si tenía alguna objeción. Todo había ocurrido tan rápido e inesperado, que me era difícil aceptar el hecho. «Aquí no va a pasar nada». Esas palabras repercutían en mis oídos como campanadas.

Asqueado, subí a la flota.



Powered by CamScanner

# *LOS SUEÑOS DE RIQUELME*

Powered by CamScanner

*A Milton Dávila,*
*quien me inspiró este relato.*

Powered by CamScanner

La otra vez me dijo que había soñado que atravesaba el Atlántico en un aeroplano en un vuelo vacacional, cuando este empezó a bambolearse entrándole el miedo a todos los ocupantes.

El gordo que viajaba al lado le dijo:

—Menos mal que usted va con su esposa.

—¿Por qué? —exclamó Riquelme que veía cómo el aparato perdía altura y se ladeaba de lado a lado.

—Porque al sitio a dónde vamos nadie regresa.

Dicho esto el avión se fue en picada, cayó al mar de cabeza y girando como un trompo empezó a sumergirse en las profundas aguas, hasta que de pronto flotaron a la orilla de una playa inmensa, atestada de gente, aviones y embarcaciones. Riquelme se dio cuenta que eran ciudadanos del mundo, y tan pronto como estuvieron en la playa fueron abordados por unos y otros con un sinfin de preguntas.

¿Que sabía él de su amada España?, fue la pregunta de un hombre alto y acuerpado con cara de marinero; Riquelme contestaba aquí y allá, a estos y aquellos, cuando surgió un grupo de hombres que sobresalían por su estatura y corpulencia; vestían una especie de armadura de oro y semejaban dioses por su belleza extraordinaria y docilidad en el trato. Riquelme fue llevado con su esposa por ellos a una casa en forma



Powered by CamScanner

piramidal, donde eran atendidos y alimentados, especialmente con frutas de la más exquisita variedad.

Siempre se mostraban generosos, y cierta noche que Riquelme salió con uno de estos gigantes albinos, le preguntó si había modo de regresar a su patria, a su mundo, a su país.

—Hemos estado aquí durante miles de años –le dijo el hombre de la vestidura de oro —, y es un hecho cierto de que no hay manera de volver a nuestro sitio de origen.

—Cuál es su sitio de origen –exclamó Riquelme lleno de curiosidad.

El gigante se lo explicó: hace más de diez mil años era la civilización más floreciente que había en la tierra; luego sucedió algo inexplicable para el entendimiento humano, cuando el mar embravecido la engulló resultando en otra dimensión, donde han estado llegando a través del tiempo, extraviados que como ellos quisieran regresar al sitio de donde vinieron.

La deslumbrante ciudad que bruñía como el oro, la fronda de los parques verde más que cualquier esmeraldino jaspe, las calles que relucían como la plata, todo esto había dejado maravillado a Riquelme, que sin embargo regresó apesadumbrado ante la idea de no poder regresar jamás a la tierra de su heredad. Daba gracias al cielo por estar al lado de su esposa, fruto amoroso con el que esperaba compartir el resto de sus días, pues, ¿qué sería de él sin su compañía en este mundo desconocido y de soledades? Arriba había una especie de ático igualmente triangular, por donde se vislumbraba la cúpula de la ciudad que resplandecía como un diamante. Meditativo y con los ojos acuosos, se entretuvo un rato allí antes de acostarse al lado de su



Powered by CamScanner

consorte que dormía profundamente. Cuando despertó estaba junto a su mujer que lo miraba extrañada, pues según ella, emitía una variedad de ruiditos guturales y se debatía con ostensibles movimientos de cabeza.

Este su sueño.

Riquelme ha tenido una vida dura. El lado oscuro de la calle lo conoce como el que más. Un día se encontró con Iris, una muchachita que le brindó su amor, su cariño, y su vida se enrumbó. Trabaja como estibador y si hubiese tenido la fortuna de una mejor educación, estoy seguro que sería «un conocedor del alma humana», como dijo Stendhal al referirse a su profesión de escritor.

¿Cómo nació la amistad entre Riquelme y yo? Por razones del oficio. Él es de la cuadrilla de estibadores y yo supervisor de muelle. Y nació tal confianza entre los dos que me lo ha confesado todo: lo bueno lo malo y lo feo. Se ha leído casi la cuarta parte de mi biblioteca, se ha desvelado ante el Libro Sagrado, se ha visto una imensa cantidad de películas y lo ha impresionado enormemente «2001: una odisea en el espacio» y «Atraco perfecto» ambas curiosamente de Stanley Kubrick.

¿Su gran inquietud? La búsqueda de Dios y su imposibilidad por hallarlo. Se debate entre la esperanza y la desesperanza, ha visitado templos y sectas cristianas, se ha rapado la cabeza al estilo hindú, se ha impuestos severas disciplinas de abstinencia, ha hecho ayunos, pero al final ha estado a punto de perder su estabilidad conyugal al lado de Iris. Ella se le había marchado en una ocasión y yo intercedí para que volviera. «La próxima vez—le dije—, no cuentes conmi-



Powered by CamScanner

go». Era su culpa: decía que la quería pero no lo demostraba. Parecía demasiado ocupado en sus asuntos internos que no lograba resolver.

El tenía un amigo de otros tiempos. Le dicen el Pelusa. Con él estuvo de correrías por los suburbios de Medellín. El Pelusa ha seguido los pasos de Riquelme y trabaja también en la cuadrilla. A veces Riquelme desaparece por temporadas inexplicablemente, y al preguntarle por qué camino de Dios andaba, calla y su respuesta es el silencio.

Al regresar en una de esas ocasiones me dijo:

—Tirso, he tenido un sueño muy curioso contigo.

Naturalmente lo escuché con la mejor disposición.

Yo estaba muerto y a él le había entrado un sentimiento muy grande y todos los días visitaba con el Pelusa mi tumba.

—No puedo creer que haya muerto –decía Riquelme afligido postrado ante la sepultura —. No, no lo puedo creer. No es cierto.

—Pues sí que lo está –afirmaba el Pelusa —. ¿Por qué negarlo? Hay que aceptar la realidad.

Siempre discutían sobre el mismo tema, y he ahí que cuando se acercaban otra vez al cementerio, Tirso venía saliendo del camposanto.

—No se lo dije –exclamó entusiasmado Riquelme —. Míralo, esta vivo.

—Pues no—refutó el Pelusa — ; es su alma.

—Vamos a preguntárselo –insistió Riquelme.

—Oye Tirso, díganos una cosa –preguntaron —, usted está vivo o muerto.

—Pues estoy muerto y no estoy muerto –fue la respuesta de Tirso.

—Para donde va –quisieron saber sus amigos.



Powered by CamScanner

Tirso señaló con el dedo un lugar indeterminado en la lejanía.

—¿Podemos ir contigo?–dijeron ellos.

—Pero donde yo entre ustedes no podrán entrar –les advirtió.

Intrigados, caminaban detrás de él; adelante había una hermosa casa del color del alabastro que semejaba un castillo. Tirso se llegó hasta allí y se paró a la entrada, frente a una enorme puerta en forma de arco. Un anciano de barba blanca, vestido con una especie de túnica tan inmaculada como su barba, abrió la puerta. Tirso entró y sus dos amigos quisieron hacer lo mismo.

—Ustedes no –exclamó el venerable anciano.

—Por qué –quiso saber Riquelme.

—Si entran ahora no podrán volver a salir.

—Pero entonces por qué Tirso sí puede entrar y salir –dijo a su vez el Pelusa.

—Él puede entrar y salir, pero si ustedes entran ahora no podrán salir jamás.

La curiosidad siempre puede más que el miedo y el Pelusa decidió entrar; Riquelme espero en vano el regreso de su amigo, que no volvió a aparecer. Consternado, caminó por la gran ciudad, visitó las fuentes de Baco y naufragó con sus penas en la noche, se sintió morir. Pero no hay pesadumbre que el hombre no pueda resistir por dura que esta sea: pronto volvió a la cuadrilla; estaba trabajando, cuando quince días después lo llamaron por el altoparlante para que se presentase a la portería: era la esposa del Pelusa; quería saber el paradero de su marido, pues lo habían visto con él la última vez. Riquelme le contó lo sucedido y el sitio a donde había entrado; ella lo miró sin comprenderlo bien y le dijo si podía llevarla a ese lugar.



Powered by CamScanner

Riquelme aceptó; sin embargo fueron y no hallaron la marmórea mansión. Buscaban desesperados cuando Riquelme despertó. Después de comprobar que estaba bien despabilado, se sentó en el borde de la cama y durante algunos minutos estuvo meditando en aquel extraño e enigmático sueño. Veinte días después la historia se repitió; me dijo que había tenido otra visión onírica conmigo muy similar a la anterior; yo lo miré entre entusiasmado y expectante y esto fue lo que me contó.

Estaba durmiendo cuando la dueña de la casa lo despertó: «Riquelme –le dijo—. Teléfono para usted, es urgente.» Riquelme se levantó y atendió la llamada: era la madre de Tirso que le anunciaba el reciente fallecimiento de su hijo.

—¿Cómo? —exclamó compungido.

Ella se lo repitió otra vez con la voz quebrada por el llanto; le explicó que le había empezado un dolor en el pecho, y sintiéndose mal se había acostado para ya nunca más volverse a despertar; si él quería venir, los restos mortales reposaban en la funeraria Cristo Rey.

Al cabo, después de estar caminando en la noche como un orate, decidió por fin visitar la empresa fúnebre. La sala de velación estaba atestada y él se movilizó entre la muchedumbre hasta quedar frente al féretro. Entonces un sentimiento muy profundo de pesar le invadió y empezó a sollozar; recordaba su imagen más vívida que nunca, su sonrisa de media luna, sus comentarios agudos y chispeantes que invitaban a la reflexión, y ese sentido del humor que con su sonrisa fácil endulzaba la vida hasta en los momentos más amargos; de pronto sintió la necesidad de observar su rostro por última vez. La madre de Tirso le dijo que



Powered by CamScanner

con él se hacía una excepción, porque el deseo de su difunto hijo era que nadie mirara su cara después de muerto, prefería que lo recordaran como de vivo. Con el corazón destrozado, se acercó al féretro, levantó la tapa y allí estaba su amigo de toda la vida, tendido cuan largo era en posición de firmes entre el acolchado ataúd de caoba. Nunca le había visto una expresión más tranquila y serena que ahora; incluso percibió en sus mejillas como un leve rubor que le daba la apariencia, no de estar sumido en el lóbrego sueño de la muerte, sino en el cotidiano letargo de la siesta.

Cuando ya iba a abandonar la estancia, la madre del difunto se le acercó: «Mi hijo –manifestó llorosa y con el rostro desencajado —, me encargó de entregarle este mensaje.» Riquelme recibió un trozo de papel doblado que guardó enseguida en su camisa. Esa noche estuvo vagabundeando por ahí, yendo a los sitios que solía frecuentar con su amigo, y al verlo los conocidos se venían con la pregunta: «¿Y Tirso?» Entonces él, cabizbajo, explicaba el deceso de su amigo. Y como suele ocurrir en estos casos, empezaba a surgir toda clase de virtudes del difunto. Riquelme escuchaba con paciencia sabiendo que esa es la inevitable hipocresía de la vida.

Al otro día, recordó el trozo de papel en el bolsillo. Inmediatamente buscó en la blusa y extrajo el arrugado pedazo de papiro. Con cierta ansiedad lo desdobló y leyó lo siguiente en la menuda letra de su amigo:

*Uno no es de esta vida.*
*Esta vida no es de uno.*
*Morir significa ganancia,*
*entonces yo vuelvo a la vida.*



Powered by CamScanner

Lo leyó y lo releyó y sintió su alma reconfortarse. «Entonces yo vuelvo a la vida». Este último verso quedó rotando en su mente y por alguna asociación de la memoria recordó la mansión de alabastro, donde la vez pasada lo había visto entrar. Anhelante, buscó el sitio y lo encontró: en efecto, allí estaba el imponente y hermoso castillo, blanco y resplandeciente como la nieve, con su única puerta en forma de arco, envuelto en un misterioso silencio. Caminando lentamente avanzó hasta la entrada y golpeó suavemente la puerta con los nudillos.

El anciano de la otra vez, con su barba como hilachas de algodón, abrió la puerta.

—Quisiera hablar con Tirso.

Él lo envolvió en una mirada llena de mansedumbre y dejando la puerta entornada desapareció detrás de ella. Riquelme quiso echar una ojeada, pero cuando se disponía a observar por el hueco de la puerta, el venerable anciano se volvió y la cerró; al cabo, Tirso apareció y Riquelme se llenó de asombro.

—Sabía que lo encontraría –dijo —.¿Cómo has estado?

—Feliz. Nada hay aquí que me sobre ni que me falte.

—¿No sufres de soledad?

—¿Sufrir? Ese verbo no existe ni se conjuga.

—¡Maravilloso! –y Riquelme se acercó más al umbral del arco—.¿Podría dar un vistazo?

Tirso le permitió una mirada y Riquelme quedo maravillado. Nunca sus ojos habían visto algo semejante: Una pradera infinita con el verde oliva reluciente se extendía como un tapete, donde los árboles alineados a lo largo y ancho de manera perfecta, tenían la forma triangular de las muestras de los arbolitos de



Powered by CamScanner

navidad; cantidad de animales de todas las especies, pululaban allí en ese verde mar de tranquilidad en mutua paz, y sus oídos, en tanto que contemplaba el inefable panorama, se llenaron de la más deliciosa música. Él hubiera querido seguir por tiempo indefinido, extasiado en la admiración, pero su amigo le recordó lo dicho: una mirada y nada más.

—Eres el único –le dijo —, que has tenido este privilegio.

Entonces Riquelme sacó papel y lápiz y dijo:

—Quiero saber todo, acerca de la majestuosidad del Reino en que vives.

Y empezó a llenar cuartillas y cuartillas, hasta completar páginas y páginas. Escribía casi a la misma velocidad del que hablaba, como si su mano estuviera impulsada por una fuerza misteriosa, garabateando y garabateando incansablemente. Siempre habían tenido la idea de día escribir un libro algún día; ahora ese deseo se estaba cumpliendo. Llegado al final se despidió de su amigo y se fue con su cartapacio, exaltado como un novel escritor que va a ver por fin publicada su obra.

Cuando la presentó al editor, este lo miró perplejo.

—Grandioso, ¿no? –exclamó Riquelme orgulloso.

—En que clase de idioma está escrito.

—¿Por qué? –dijo Riquelme.

El editor le pasó el manuscrito.

—No he entendido ni una sola palabra –manifestó un tanto decepcionado.

Riquelme no lo podía comprender: él mismo lo había escrito, y era cierto, no se podía deletrear ni siquiera una línea. Se consultó a varios eruditos, políglotas, pero todos dijeron lo mismo: nunca jamás



Powered by CamScanner

habían visto esa clase de lengua; desencantado, volvió con sus apuntes donde su amigo.

Tirso le dio una explicación.

Los misterios y las bellezas del Reino –le dijo —, no podrán ser contados por ningún mortal.

—Al menos déjeme observar otra vez –suplicó Riquelme.

—Lo verás y disfrutarás todo a su debido tiempo.

—Hoy quiero –insistió Riquelme.

Y se disponía a cruzar el umbral de la puerta, cuando despertó repentinamente con un corazón galopante.

Estas las visiones oníricas de Riquelme. ¿Qué decir de todo esto? Lo que sorprende de sus sueños es la secuencia lógica de los sucesos, cuando por lo general la afluencia de las imágenes oníricas, si bien a veces son tan intensas o más que la realidad—háblese de pesadillas—, carecen de un encadenamiento extenso y ordenado, y su acción suele transcurrir fugazmente. Esta ligereza del sueño es lo que hace difícil traerlo a la memoria, lo cual es otra virtud de Riquelme, que lo comenta con la claridad y el detalle de quien ha visto una escena callejera.

Pero ya que el momento nos es propicio hablemos un tanto más del sueño.

Para la ciencia médica la vida onírica toma su material de las impresiones recientes, que asociadas con el estado de ánimo, fantasías optativas, recuerdos lejanos, influencias digestivas, ambientación, ruidos exteriores, incorpora y combina para la formación de las imágenes oníricas. Sin embargo, muy pocos son los que quieren ir más allá de la simple fisiología del sue-



Powered by CamScanner

ño, para aventurarse por otros terrenos más sublimes. Todo lo apuntan a un proceso somático.

En general, con lo que yo estoy de acuerdo es que, después de que la mente se ha liberado de las impresiones que le han perturbado en el día, el alma queda limpia y da paso a los sueños proféticos, que ocurren casi siempre entre las cuatro y seis de la mañana; el arte de desvelarlos es otro asunto, como también el de recordarlos. Yo mismo lo he experimentado a través de un método que ideé, pero que acabé de complementar después de leer el extraordinario libro "Un experimento con el tiempo", de J. W. Dune. En palabras de Sábato dice que los sueños «son no solo vestigios del pasado sino visiones o símbolos del porvenir». Y yo digo: El mundo no esta hecho al azar, todo tiene su medida y su alcance. Allá los escépticos como la mayoría de los científicos, que necesitan de la materia para desentrañarla y formular sus principios. Rematemos con esta bella expresión del poeta Novalis: «Sin nuestros sueños envejeceríamos antes. Habremos pues de ver en ellos, una encantadora facultad y una amable compañía en nuestra peregrinación hacia el sepulcro».



Powered by CamScanner

*EL TAHUR*

Powered by CamScanner

Se levantó de entre los muertos y echó a andar. Antes, cuando despertó y se vio rodeado de cadáveres, pensó que se había vuelto loco o que aún estaba soñando. Pero luego, al levantarse y hacer memoria, recordó lo sucedido: estaba en la sesenta y ocho con veinticinco, en los billares. Todo había ocurrido rápido y la gente se volcó como enloquecida a las calles. No supo quién le entregó un arma, no supo cómo empezó su borrachera. Lo cierto es que todo estaba fuera de control y él como los demás, disparaba, saqueaba, incendiaba. Se había unido a una turba que se dirigía a Palacio, y habían tenido enfrentamientos con tanques que algunos intentaron detener atravesándoles objetos en las cremalleras. Caminó, deambuló, llevado por la euforia de la muchedumbre, por el calor del vino, por una ansia de libertad reprimida. Lo último que recuerda es el saqueo a una licorera, y que todo daba vueltas y que antes de caer había gritado algo así como: «viva la revolución.»

Asqueado, se había escurrido de la pila de muertos y había echado a andar, seguro de no haber visto ninguno de sus conocidos entre los cadáveres. La leve llovizna que caía era una continuación del aguacero



Powered by CamScanner

de la noche. Estaba prácticamente amaneciendo, pero la neblina opacaba las cosas dándole a todo una apariencia fantasmagórica. Empapado y sin zapatos —de alguna forma los había perdido—caminaba presuroso con las manos en los bolsillos, tiritando, orientándose a través del laberinto de cruces.

Al llegar a la salida exhaló un suspiro de alivio: las rejas estaban abiertas de par en par. Vio huellas frescas de camiones y enseguida ganó la calle por la parte norte de la ciudad. No había andado más de unas cuadras, cuando vio venir un camión militar con las luces bajas encendidas; instintivamente se agazapó en un amplio portal.

La escena lo dejo más helado de lo que estaba: el camión iba cargado de cadáveres. «Coño—dijo—. Esto ha sido grande.» Más adelante pudo darse cuenta del desastre de la ciudad: incendios por todas partes, desolación, escombros, como si hubiera sido bombardeada. No sentía remordimiento; agobiado por la resaca y el inclemente frío de la sabana capitalina, deseaba llegar pronto a su destino. En algunas calles había más tropa que peatones, pero no podían controlarlo todo y el pillaje continuaba a la luz del día; carros de bomberos y ululantes ambulancias, iban de un lado para otro en una confusión dantesca. Olía a carne asada, se desplomaban cornisas, se pedían papeles, se levantaban cadáveres y continuaba aún el fuego abierto contra algunos francotiradores que se resistían.

En la treinta y ocho con veinticinco, un grupo de hombres y mujeres se dedicaba al saqueo de una joyería. Nuestro hombre estuvo tentado a participar en este pillaje, pero andaba tan maltrecho, que pasó de largo, justo a tiempo, pues una patrulla militar apareció de



Powered by CamScanner

improviso y se llevó a los rezagados. Sin embargo, al llegar a la esquina de una de las plazas centrales, fue abordado por un piquete de soldados: lo interrogaron, lo registraron, le pidieron papeles y por último lo dejaron marchar.

Tropezaba, resbalaba, y ya en lo único que pensaba era en su mujer y en algo caliente que reconfortara su helada nariz, su cuerpo, sus pies que cada vez sentía menos. Cuando se vio ante su barrio, sacó alientos para acelerar el paso. Caminó por una calleja estrecha llena de baches, de difícil acceso para un automotor, bajó por otra bastante pendiente, subió por una especie de terraplén y al final se encontró ante una casa de dos pisos con una escalera de hierro que subía caracoleando a la segunda planta. Engarrotado, se pasó las manos por el rostro y los cabellos húmedos e inició el ascenso por la escalera. La lluvia había amainado hasta hacerse casi invisible, y el mundo gris y aguado se ensombrecía aún más con el resplandor de los incendios.

Al llegar arriba, el hombre se dio un respiro antes de empezar a golpear la puerta con los puños. En el umbral apareció una mujer rolliza, en bata y con el pelo enrulado. El hombre entró precipitadamente escurriendo agua por todas partes, y la mujer fue tras él, agitada con las manos en el pecho.

—¡Lo han matado!... ¡Lo han asesinado! —exclamó en su histeria; luego, posando los ojos en él: —y tú ¿Dónde has estado? Mira no más que facha. ¡Oh Por todos los santos!...

El hombre se desnudó en silencio, tirando las ropas por cualquier lado, ajeno a las palabras de la mujer; luego, envuelto en la toalla enfrentó la situación.



Powered by CamScanner

—Vengo del arroyo —le dijo— y sé lo que paso. Pero esto ya es historia. No lo podemos resucitar ¿No? Anda dame algo caliente antes que pesque una pulmonía.

La mujer siguió hablando entre dientes mientras se movía en la cocina; al cabo, después de vestirse y comer, el hombre se tumbó en la cama, sintiendo que un agradable calorcito empezaba a invadir su cuerpo magullado y frío. Era consciente que algo grande había sucedido y que él había reaccionado en su momento. Pero ahora todo había terminado y lo único que quería era dormir, descansar, reponer las fuerzas; después, cuando todo esto pasara, entonces volvería a su mundillo, a los billares. Allí, entre tintos y cigarros se esperaba a la presa. No había más que ser paciente, pues siempre aparecía un incauto. El tenía su círculo, era algo rutinario, como todo oficio...

La mujer, al notarlo dormido le cerró la puerta. Menuda, sencilla, todavía con el pelo enrulado, prendió la radio y se sentó a escuchar los últimos boletines; luego, desolada, se acercó a la ventana y se dejo invadir por la nostalgia del día.



Powered by CamScanner

*TODA MUJER TIENE SU HISTORIA*

Powered by CamScanner

*Mi corazón es un animal solitario*
*de amores desesperanzados.*
*Martín Edén.*

Powered by CamScanner

He sufrido no pocos enamoramientos. En este juego casi siempre he perdido con las mujeres. A Josefina la conocí en el club los Lagartos. Entonces hacía poco había entrado en posesión de la herencia de mi padre y andaba más pródigo que de costumbre. Mi padre era un buen hombre y la llevábamos bien. Le prometí en su lecho de muerte terminar los estudios y no malgastar lo que había forjado para mí durante tantos años de sacrificio —a base de ingentes esfuerzos, invirtió en bienes raíces donde nadie daba un céntimo, con la suerte de que al cabo del tiempo se convirtieron en sitios estratégicos de la ciudad en crecimiento, con lo que consolidó parte de su pequeña fortuna—, pero la promesa se fue diluyendo al calor de mi nueva vida, y pronto determiné retirarme de la universidad —la carrera de leyes que tanto quería mi padre que terminara—, para dedicarme de tiempo completo a la literatura.

En verdad no tenía definido nada y mis únicos pepinos literarios se limitaban a una variedad de cuentos y poemas, publicados en la gaceta universitaria y en una que otra revista, que merecieron comentarios halagüeños y esperanzadores. Sin embargo, al darme cuenta con el tiempo que no sería un Dostoievski ni mucho menos, desistí y opté como mi padre, por los



Powered by CamScanner

bienes raíces: fue entonces cuando aún con el sabor amargo de la frustración, conocí a Josefina.

Desde un principio me impresionó su porte, sus ojos rasgados de japonecita, su apariencia endeble y esa forma de ser suya tan diferente a las demás bulliciosas muchachas. Vestida con su uniforme de boina y corbata roja, parecía más colegiala que mujer hecha para estos menesteres. Al principio no era más que eso: simple galantería. Pero a la primera oportunidad le confesé mi amor. Ella se quedó pensativa y a mí se me hizo una eternidad su respuesta; al fin dijo:

—Eres un hombre bueno y merece ser feliz. Yo por el contrario te haría infeliz.

—¿Por qué?—pregunté con ansiedad.

—Has de saber que estoy marcada por un amor pasado, que no he podido olvidar.

Fue un duro golpe para mi corazón enamorado, pero confieso que no me desanimé; al contrario, deseé más que nunca conquistarla. Entonces, sorprendida por mi perseverancia pasó a contarme la otra parte de su vida.

—Cuánto hace que se separaron— quise saber.

—Hace ya un año— me explicó ella con su aire distraído.

Separada por la forma indecente en que la trataba, Josefina no obstante seguía enamorada de él. Pero ¿A qué dudar? Bien se ha dicho del amor que menos que ciego es visionario, pues no solo no ve lo real, sino que lo suplanta. ¿Y en mi caso? Toda la filosofía que había leído se derrumbaba ante las puertas del amor; ya lo decía Nietzsche: «Siempre hay algo de demencia en la pasión. Pero acaso hay también algo de razón en la demencia». Mi razón y mi verdad, en fin, el caso es que le



Powered by CamScanner

prometí cielo y tierra y ella terminó por aceptarme.

—Si en mis manos está pues que sea feliz —dijo ella posando en mi una mirada tierna de compasión, como si estuviera viendo a su gatito que llegó de la calle aterido de frío—, entonces haré lo posible para que así sea.

Provinciana, Josefina apenas si había tenido oportunidad de abandonar la comarca: de modo que mi idea fue irnos a la capital en el goce de otro ambiente, lejos de aquel amor infame que la atormentaba. Encontramos un lugar tranquilo en un barrio de la periferia, y después de instalarnos y ver algunas perspectivas para el futuro, nos fuimos en vuelo vacacional a San Andrés. Ella estaba como hipnotizada, expectante al mundo nuevo de lujo y comodidad que se abría a sus pies.

La isla apareció como un punto insignificante y cuando anunciaron que estábamos próximos a aterrizar, ella me miró emocionada y agradecida como un chiquillo que ve cumplido su deseo. El respirar por primera vez aquel ambiente isleño, tan novedoso en ella, con su festiva gente de color y turistas de distintas nacionalidades, la asombraba y llenaba de una alegría indecible. Un taxi nos dejó a las puertas del hotel, y esa misma tarde nos fuimos al mar donde nos bañamos hasta quedar exhaustos.

En la noche estuvimos visitando sitios, observando escaparates, averiguando precios, en fin, comimos una deliciosa cena y rematamos el ágape con una botella de piña colada en un solitario kiosco a orillas del mar. Era bueno estar allí junto a ella, sintiendo sus caricias, su voz achispada por la bebida y ese agitar del mar con su brisa que nos golpeaba en ráfagas.



Powered by CamScanner

El primero como el quinto día transcurrieron todos iguales, en el ambiente idílico del amor, de la novedad, del placer de buscar en el otro las riquezas de cupido: al final regresamos a la capital dispuestos a encarar el futuro y a seguir pellizcándole a la vida instantes de felicidad. Me alegraba sobre manera el ver cómo Josefina parecía olvidada por completo de su antiguo amor. A sabiendas de su deseo, invertí en un local para funcionamiento de una boutique en un recién inaugurado centro comercial. Confieso que nunca antes la había visto tan entusiasmada como el día en que se instaló en su tienda. Delante de paseantes y curiosos me dio un sonoro beso y un «gracias mi amor», que me hizo sonrojar hasta las orejas. Nunca he sabido reaccionar ante estas explosiones de amor, pero mi propósito era conquistarla, y a fe mía que lo estaba logrando.

Como es natural, no tardamos en hacer amistades e integrarnos a la parte social, y asistíamos a reuniones y convites. Ella estaba encantada y yo la complacía en sus gustos de vestir e ir a la moda. Tenía ese don especial de las mujeres que sin ser bellas, suelen llamar la atención por encima de verdaderas bellezas. En el caso específico de Josefina yo lo atribuía a la fragilidad y delicadeza que traslucía su cuerpo, y a la forma calmosa de sus modales y maneras, indistintamente de la mayoría de sus congéneres, ruidosas y charlatanas.

Era un mundo nuevo, diferente, prometedor para ella, y su pasado parecía haber quedado atrás; en un viaje de negocios que tenía pendiente, le pedí que me acompañara para que aprovechase y de paso visitara su familia. Ella accedió gustosa y cuando llegamos al terminal, me sentía en verdad contento de volver a pisar



Powered by CamScanner

el suelo donde mi padre forjó su pequeña fortuna. Fortuna que se puede decir, estaba despilfarrando por tratar de conquistar el corazón de una mujer.

Como mi diligencia no demandara mucho tiempo, al otro día nos pusimos en marcha hacia su pueblito, un lugar tranquilo en lo alto del Piedemonte. Nos apeamos del bus a la entrada de las primeras casas. Era sábado y en toda la aldea había como un aire de fiesta. No sé pero algo cambio en la actitud de Josefina que se miraba distraída, silenciosa, distante: la incertidumbre como un halo de neblina empezó a posarse en mi corazón. Me llevó directo a la casa de sus padres en la parte retirada del pueblo cerca de una pequeña colina. Los conocí y me parecieron extremadamente amables y corteses. Aunque un poco distraída, Josefina estaba verdaderamente encantadora y le propuse que fuéramos a gozar un rato del ambiente pueblerino. Ella se resistió, pero al final yo la convencí y ambos nos vimos en un bazar, aligerados por la bebida y contentos como chiquillos. No sabia su afición por los gallos, y he ahí que resultamos en la gallera confundidos con los demás parroquianos, que gritaban y gesticulaban como posesos entre apuesta y apuesta.

Josefina se mantenía expectante, con los ojos fijos en el círculo de la contienda. Por eso se me hizo extraño cuando al verla casualmente en el inicio de lo que se esperaba iba a ser uno de los grandes desafios de la noche, la vi distraída y como hipnotizada, observando por encima de los hombros de los espectadores: más allá de las graderías, en una mesa distante, estaba el objeto de su distracción.

—¿Quién es?— le pregunté ahogándoseme la voz.

—Él.



Powered by CamScanner

Lo observé más detalladamente y me hice a la imagen de un hombre joven, pero de carácter agrio, a todas luces rudo e inculto como la mayoría de los parroquianos.

—¿Pero quién es él? —insistí.

— El hombre de mi vida —dijo ella fríamente.

Estaba desconcertado y en verdad no sabía cómo reaccionar ante su inesperada forma de proceder. «El hombre de mi vida», esas palabras repercutían en mi oído como un eco, hiriéndome, fustigándome..

—Basta ya —le dije al fin —. Vámonos.

Entonces en el colmo de la desfachatez, ella prácticamente huyó. Trate de retenerla pero se escabulló, ágil como una liebre; la llamé, la grité, y muchas caras graves y burlonas se volvieron hacia mí.

No sé que horas eran cuando llegué a la fonda donde pasé la noche, presa de la más terrible congoja. En los pocos instantes que logré dormir, desperté varias veces sobresaltado pensando que todo aquello no era más que una pesadilla, para comprobar luego la triste realidad; lloré, y esto me hizo bien, pues al amanecer me sentía un poco más redimido.

¿Valía la pena buscarla ? No, no quería pasar por esta humillación; al pagar la cuenta para marcharme, la dueña de la posada me miró maternalmente y me entregó una nota firmada por Josefina. Era un mensaje de despedida y agradecimiento, en el que me daba ánimo y pedía perdón por lo que había hecho y lo mucho que estaría sufriendo. No había más explicaciones y se despedía deseándome mucha suerte. Eso era todo.

Una vez en la ciudad, fui al cementerio, visité la tumba de mi padre, le pedí perdón y lloré amargamen-



Powered by CamScanner

te; luego estuve deambulando por entre las mudas sepulturas como por un impulso instintivo, tal vez buscando la paz que tanto necesitaba.
Al abandonar el cementerio pensaba en mi destino, y me dije que aún tenía tiempo de cumplir la promesa hecha a mi padre.



Powered by CamScanner

# *LA CARRETERA*

Powered by CamScanner




Apenas a los pocos kilómetros de la fría sabana capitalina, después de un tortuoso ascenso entre tierras rojas y pinos gigantescos, con casas salpicadas aquí y allá, la carretera se inclina sinuosamente envuelta por la bruma de los cerros, y en su vertiginosa y espeluznante caída, con abismos a lado y lado donde se ven como delgados hilos de plata corrientes de agua que se precipitan entre riscos y peñascos, la carretera viene a parar su escarpado descenso luego de más de noventa kilómetros de inclinación, en la capital de los llanos, donde la gente desde diferentes puntos del país se afana en largas caravanas, buscando la magia y el encanto de estas tierras.

En tiempos de vacaciones la hilera de vehículos en la vía es de azoramiento. Se refuerzan las medidas de seguridad y la policía de carreteras patrulla la vía por aire y tierra atenta a cualquier requerimiento o emergencia que se pueda presentar. Después de la hecatombe de Quebradablanca, el gobierno contrató varias firmas extranjeras y se procedió luego de un minucioso estudio sobre el agreste terreno, a remodelar la calzada con túneles que recortan grandes curvas, y puentes de avanzada ingeniería que desafían la gravedad surcando los abismos, quedando de esta manera una vía rápida para un promedio entre ochenta y noventa minutos entre la capital y los Llanos.



Powered by CamScanner

En la temporada de la Semana Mayor, la romería de gente hacia sus fincas y sitios de recreo era bárbara. Don Chepe Bedoya hombre robusto y saludable, animoso y gustador de la buena vida como la mayoría de los esmeralderos, madrugó ese lunes con toda su familia e inició los preparativos para el viaje vacacional hacia los Llanos, donde había comprado una finca en la cabecera de uno de los municipios del departamento. El ambiente y el folclor de la región lo habían embrujado, y cuando le ofrecieron aquellas fanegadas de tierra con una casa inundada de pocilgas que apestaba, la compró, después de ponerse de acuerdo con el comisionista en una noche salpicada de aguardiente y música de la comarca.

El rancho tenía un lago que circundaba la zona boscosa, pero estaba abandonado. En la superficie se miraba flotar troncos y vástagos podridos, hojarasca y toda clase de matas acuáticas; lo primero que hizo don Chepe fue demoler la casa y construir una nueva con techos rojos y paredes blancas, libre de porquerizas; podó los árboles de alrededor, sembró plantas y llenó de verde prado todo el frente de la edificación; por último mandó limpiar la laguna, no solo en su superficie sino sacando del fondo todos los desechos que con el tiempo se habían ido sedimentando y enrareciendo el lago. Los lugareños quedaron sorprendidos de semejante cambio, y al principio oían casi todo el día el rugir de la voladora con don Chepe a bordo, disparando con su escopeta de dos cañones a los patos y garzas que volaban de un costado al otro del lago. Don Chepe los invitó a la inauguración de su «refugio», y los aldeanos empezaron a encariñarse con él. Cada vez que sus obligaciones lo permitían, bajaba de Bogotá solo o



Powered by CamScanner

con comitiva para quedarse unos días y descansar a sus anchas, lejos del mundanal ruido.

Luego de más de dos horas y media de ajetreos, acomodando esto y aquello, repelente para mosquitos, vinos, enlatados, agua ozonizada, en fin, todo lo necesario para una estadía de por lo menos cinco o seis días, engancharon el remolque con la voladora a la camioneta repleta de equipajes, y partieron a la buena de Dios contagiados por una hilaridad que los hacía reír a la menor ocurrencia. La comitiva estaba compuesta por Sara, la fiel esposa de don Chepe, mujer de rostro angelical, pero obesa y asmática, en todo caso con la gracia y el humor de una colegiala; Vicente Bedoya, estudiante de medicina, estaba a punto de graduarse y había salido favorecido con una beca para estudiar en el exterior. Don Chepe y Sara lo adoraban, como también a su hija Rebeca que iniciaba odontología, y a José María, aun en el bachillerato; los acompañaba igualmente la leal Luisa Fernanda, quien llevaba más de quince años al servicio de la familia y era como un miembro más del clan. Todavía a la salida de la capital se detuvieron un momento para hacer compras menores, entonces se enrumbaron definitivamente hacia su destino. Se avanzaba lentamente en una larga fila multicolor, entre ruidos de bocina de autos que parecían tener demasiada prisa.

Don Chepe iba al frente del volante y cuando llegó la descolgada de vértigo bordeando cerros y montañas, se rompió la monotonía empujando cada uno su auto a mayor o menor velocidad. El acelere y desacelere en las curvas hacía chirriar los neumáticos y había unos que conocían perfectamente la calzada y era impresionante la forma suicida en que bajaban. Don



Powered by CamScanner

Chepe no descendía a más de 55 kilómetros por hora. Cuando viajaba solo alcanzaba velocidades superiores, pero siempre que lo hacía con su familia bajaba prudentemente, cediendo el paso al que se lo exigiera.

—Hermoso y temible –exclamó don Chepe frenando en una curva para luego apurar nuevamente.

—Qué –exclamó Vicente que iba junto a él, al lado de la ventanilla.

—El paisaje, ¿no le parece?

—Sí, tal como una mujer, bella e igualmente temible; o como el dinero.

—¿Cómo el dinero? Es usted filósofo o médico.

—No le hagas caso padre –intervino Rebeca que viajaba con el otro grupo en la parte de atrás —. Ha estado leyendo no sé que libro de Fitzgerald y se cree todo un pensador.

—¡Basta ya de polémicas insulsas! –se quejó José María cerrando su revista de comics —. Hablemos de cosas más emocionantes.

—Como por ejemplo... de qué –dijo su padre.

—¡De fantasmas!

—¡Oh hijito mío!—exclamó Sara atrayéndolo hacia ella —. ¿Te gustan los duendes?

—Los fantasmas ya no asustan a nadie, hermanito –manifestó Vicente.

—Por qué –quiso saber el chico.

—Simplemente porque no existen. La civilización los ha arrojado de sus escondrijos y se mueren de melancolía; tal como el de Canterville, en el cuento de Oscar Wilde.

—Quiere decir que en su «refugio» no hay definitivamente posibilidad de un fantasma, padre.

—Ya escuchó a su hermano, nosotros con todo el



Powered by CamScanner

aparato de la civilización, hemos destruido su hábitat.

—Pues van a ser muy aburridas unas vacaciones en el campo sin un fantasma haciendo travesuras por ahí.

—Tranquilo hijo, el Llano está lleno de mitos y leyendas. Una de ellas es la «Bolefuego».

—¿La «Bolefuego»? Qué es eso padre.

—Un espanto propio de los Llanos Orientales; dicen que precisamente en la Semana Santa anda suelto.

—Hurrah! –dijo entusiasmado José María —. Eso sí que es una buena noticia.

—Cuando lo vea como una luna roja inmensa rodando por la llanura, y saltando entre las copas de los árboles, y acercándose tanto hasta sentir su aliento de fuego, no quiero verlo buscar refugio en los brazos de su mamá.

—Lo decepcionante para mí, sería no verla.

Don Chepe sonrió y le dirigió una mirada pícara a Vicente.

—¿Si lo cree capaz de desafiar fantasmas? –exclamó.

—Es tan valiente que se asusta con su propia sombra—dijo burlonamente Vicente.

El tema recayó luego sobre la muerte; Vicente hizo una larga disertación, explicando que es un paso a un mundo más perfecto.

—Pero siempre nos da miedo esa fase irremediable –dijo sombríamente Sara.

—Cuando el feto escuchó la voz –observó elocuentemente Vicente—, de que tenía que abandonar su mundo para ir a otro, se llenó de miedo y alegó que allí se encontraba muy bien y que no quería ir a ninguna otra parte; pero sucede lo que sucede y lo reciben manos amorosas, y crece, tiene esposa, hijos y nie-



Powered by CamScanner

tos, y luego vuelve a escuchar otra vez la voz y nuevamente se niega a abandonar el mundo en el que está rodeado por todos los suyos. Pero ya sabemos, es un paso más hacia la perfección.

—Y los asesinos, toda esa gente despiadada llena de maldad, ¿va también a ese mundo perfecto? –observó agudamente Luisa Fernanda saliendo de su acostumbrado mutismo.

—Los espíritus mediocres no alcanzan a llegar al aura Divina de los Círculos.

—¿Círculos? –dijo intrigada Rebeca.

—El Paraíso de los Justos está configurado por círculos, del uno hasta el diez. El décimo es el más alejado y el uno es el centro de todo, donde sólo llegan los de la verdadera santidad.

—Pero, y las almas mediocres, ¿a dónde van? –insistió Luisa Fernanda.

—Quedan flotando llenas de envidia y rencor en una cierta dimensión –explicó Vicente muy a gusto con su contertulia —. Cuando un justo muere, su alma tiene que traspasar esa dimensión, entonces esos espíritus impuros siempre tratan de atraparla en el camino, pero para esa bendita alma siempre hay un ángel protector hacia su sendero de gloria.

—Hijo –exclamó sonriente don Chepe —, parece más preocupado por la teología, que por los dictados de Hipócrates.

—El misterio más grande del universo es Dios. Estamos entretenidos tanto en la monotonía diaria, que nos olvidamos de lo sublime.

—Pero, ¿Dios sí existe en verdad? –dijo José María muy interesado—. O es la necesidad del hombre de crearse un ser superior que llene el vacío de las injusti-



Powered by CamScanner

cias y los sinsabores de la vida.

—Ya lo dijo Unamuno: «La razón no prueba que Dios exista, pero tampoco demuestra que no pueda existir». Es un asunto de fe y de cómo usted vea la vida.

—Entonces es mejor creer por si acaso –manifestó inopinadamente el chico.

—Qué es esa forma de pensar –exclamó enojada Sara.

—Vamos madre –dijo José María recostándosele en el regazo —, es sólo una simple charla y una forma de practicar la dialéctica.

—De todas maneras –acotó Vicente —, recuerde lo que dijo el poeta:

*No me mueve, mi Dios, para quererte*
*el cielo que me tienes prometido,*
*ni me mueve el infierno tan temido*
*para dejar por eso de ofenderte.*

—Así que –continuó Vicente —, si no hay amor o sinceridad en su corazón, es como si no creyese en nada.

El viaje en todo caso se hacía entretenido. A una hora de marcha, el frío de las alturas cedió a la ola de calor, el viento encajonado en los grandes cañones era una cortina impetuosa que trataba de detener el paso zumbando como en una borrasca. A lo largo de la via se pueden ver restaurantes y fuentes de soda e hileras de carros parqueados frente a ellos. Don Chepe estacionó el vehículo a la sombra de un gigantesco pino donde se apiñaban otros carros.

—Tienes que abandonar este mundo hoy –le dijo en broma Vicente, antes de que su padre se apeara del vehículo.

Don Chepe lo miró.



Powered by CamScanner

—No –respondió —; aquí estoy bien, los tengo a todos ustedes. No quiero ir a otra parte.

Y se alejó, con su paso de gordo mientras los demás esperaban en el carruaje, a una serie de tiendecitas donde vendían confites, bebidas frías y toda clase de golosinas. La vendedora que lo atendió, una mujer regordeta y colorada que comía algo que ocultaba en su delantal, le ofreció en un santiamén toda la gama de sus productos. Don Chepe pidió confites y bebidas frías, y se disponía a pagar, cuando unos gritos de alarma surgieron de lado y lado.

—¡Santo Cielo!—dijo la vendedora, señalando al frente —¡Mire, ese vehículo se precipita hacia el abismo!

Don Chepe se volvió bruscamente.

—¡No! –gritó fuera de sí echando a correr hacia el auto. Al llegar frente a éste y tratar de detenerlo con las manos, el carruaje ya había tomado bastante impulso y le pasó por encima aplastándole las piernas. El carro dio como un brinco y se fue al abismo, donde se estrelló causando un gran estruendo para luego explotar y convertirse en una bola de fuego.

Todos murieron en el acto.

Don Chepe nunca pudo volver a caminar y quedó postrado de por vida a una silla de ruedas. La pérdida de su familia lo traumatizó tanto, que vendió todos sus bienes y se fue lejos a una casa en las montañas, donde está seguro de ni siquiera volver a escuchar el tráfico vehicular.



Powered by CamScanner

# *EL HALLAZGO*

Powered by CamScanner

Roy Harrison se sentía dominado por la ansiedad; ahora frente a ellos aparecía la boca de un túnel sobre la falda de un enorme volcán. Hicieron descender la máquina posándose suavemente sobre un campo atiborrado de montículos. Con movimientos lentos y pausados descendieron del vehículo, se comunicaron con la nave central, explicaron las coordenadas y pidieron permiso para entrar y explorar la gruta. Poco a poco fueron adentrándose en la gran cavidad subterránea, alumbrándose con pequeñas linternas que expedían una luz huidiza y lactescente. Era pleno día, pero adentro a medida que avanzaban, la oscuridad era cada vez más envolvente; a Roy lo dominaba la impaciencia, sentíase agitado, nervioso. Oprimió un mecanismo en su muñeca, se iluminó una mini-pantalla y en seguida fue apareciendo la lectura de sus signos vitales: casi setenta y cinco pulsaciones por minuto; observó también la temperatura de su traje térmico: perfecta; se recriminó un tanto por «su maldita inseguridad» y siguió avanzando con decisión, escudriñando aquí y allá en la tenue claridad de los haces de luz.

Algo que sorprendió a todos fue la humedad que empezaba a emerger del piso de la gruta. Se miraron unos a otros sorprendidos, y sus caras fueron de estupefacción cuando al llegar al fondo del nicho, enfocaron un gran pozo de agua donde flotaban semi-sumer-



Powered by CamScanner

gidos grandes fragmentos de hielo. La existencia de agua y vida en el planeta era poco probable debido a las bajísimas temperaturas, y a la luz ultravioleta del Sol sin un filtro protector, que tostaría cualquier partícula orgánica; pero allí, en aquella profunda cavidad libre de la radiación ultravioleta, acababan de hacer un gran descubrimiento que llenó de entusiasmo al grupo explorador.

Incrédulos se acercaron hasta la charca, y de pronto alguien señaló sobresaltado un lingote de hielo al otro lado del pozo. Todos dirigieron los sordos chorros de luz a la orilla opuesta y pudieron ver algo así como una figura dentro de la voluminosa masa de hielo; Roy Harrison retrocedió asombrado. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Sin embargo, repuestos de la primera impresión, con gran esfuerzo lograron halar el trozo de hielo y sacarlo a lo seco. Utilizando una especie de rayo láser, fundieron cuidadosamente el hielo y se toparon con la extraña figura fosilizada de casi dos metros de larga. Era impresionante con la pelambrera blanca como la de un oso polar, pero sus proporciones eran similares al hombre, sólo que en lugar de cinco dedos sus extremidades contaban individualmente con seis falanges; su cabeza, de una gran redondez, tenía dos ojos semi-sumergidos en el cráneo, y los huecos nasales eran tres veces más grandes que los de una persona.

Parecía conservarse intacto, y el grupo después de cubrirlo herméticamente con una banda plástica, procedió a trasladarlo al vehículo explorador. Todo fue minuciosamente filmado, y una vez en la nave nodriza se le metió dentro de una urna de cristal, mientras se esperaban órdenes de la NASA; Roy Harrison no salía



Powered by CamScanner

de su asombro. Había llegado la noche y mientras todos descansaban ya, él permanecía todavía en el laboratorio trabajando con muestras de permafrost subterráneo, rocas y otros ejemplares. Pero no lograba concentrarse del todo. El hallazgo de la criatura lo llenaba de un sinfin de preguntas. «Acaso—se decía —, pudiera haber otros especímenes, no solo fosilizados sino... ¡Vivos!» Esto lo lleno de angustia. Acercándose a la portilla, echó una ojeada afuera. Alcanzó a vislumbrar a lo lejos en el abismo del espacio, la tierra como un insignificante punto azul pálido. Sintió nostalgia y lo embargó un sentimiento de pequeñez; luego fijó su atención en las dunas, en los valles y volcanes, que las sombras de la noche le daban una apariencia tenebrosa y una sensación de soledad infinita; de pronto sintió el viento rugir, la fina arena empezó a levantarse como una niebla extendiéndose por todas partes. Los remolinos de arena daban la impresión de figuras fantasmagóricas. Sintió estremecerse toda la nave. Entonces corrió a la urna de cristal y se encontró con que la criatura había desaparecido. Creyó volverse loco. El resto de cosmonautas se levantó también sin comprender muy bien lo que pasaba.

Harrison volvió a la portilla.

El polvo comenzaba a cubrir todo el módulo. La presión de la arena era tal, que principio a colarse en la nave; Harrison sintió el seco ruido de pasos a sus espaldas. Se volvió bruscamente y quedó paralizado de terror: la criatura se hallaba a escasos dos metros de él, imponente, con la cabeza casi tocando el techo del módulo. Estaba cruzada de brazos, sus ojos expedían una leve luminosidad, pero todo en ella denotaba una gran tranquilidad.



Powered by CamScanner

—Hace más de cinco mil millones de años –exclamó con una voz que parecía venir de lejos, entre ruidos guturales y el murmullo al mismo tiempo de otras voces —, nuestro planeta era semejante al de ustedes. Grandes océanos bañaban las riveras y la verde vegetación cubría el suelo. Ustedes eran entonces pequeños microorganismos...

Harrison lo miraba atónito, mientras la arena como agua incontenible, se filtraba por todas partes llenando la nave. Se sentía petrificado, sin poder mover un músculo; la arena que ya había cubierto casi todo su cuerpo, empezaba a tapar su cabeza. No podía respirar, entonces se debatió en un último esfuerzo y despertó bruscamente. En la alcoba el silencio era absoluto. Los cortinajes se agitaban levemente mecidos por el aire de la noche. Roy Harrison se acomodó de medio lado y abrazó suavemente a su mujer, que dormía plácidamente con la rosada espalda semidescubierta, donde se percibía un lunar casi tan grande como una lenteja; deslizó suavemente la mano bajo la manta que la cubría y los vestigios de pesadilla fueron desapareciendo al hechizo del contacto, del suave y perfumado cuerpo de su esposa. ¿Sería posible en verdad encontrar una forma de vida en Marte? Todos los indicios de las investigaciones indicaban que no, pero... ¿quién sabe? Y la imagen de alucinación de la criatura volvía a su mente. Había tenido suerte de ser escogido entre otros muchos astronautas para el primer vuelo tripulado hacia el enigmático planeta rojo. Era su último día en casa, al amanecer, muy temprano, tenía que presentarse en la NASA para los exámenes de rigor y demás preparativos, junto con los otros compañeros, entre los que se contaban rusos y japoneses.



Powered by CamScanner

Todo estaba tan tranquilo y en paz, que no resistió el deseo de levantarse y echar un vistazo a través de la ventana. La luna estaba nítida en el cielo estrellado, esparciendo su plateada luz sobre la manchada esfera de la Tierra. Podía ver claramente la Estrella Polar al final del timón de la Osa Menor, con su brillo sobresaliendo entre todas las demás de la constelación. Por supuesto allí también estaba Marte, su próximo destino, brillando intensamente a más de cincuenta y cinco millones de kilómetros.

Caminó hasta la alcoba de los niños, abrió la puerta suavemente y repasó el rostro de los dos pequeños que dormían aferrados a sus juguetes: un oso panda y una linda muñeca que semejaba un hada madrina; luego volvió a la cama nupcial y se coló bajo la manta donde encontró el tibio cuerpo de su consorte, que instintivamente como entre sueños, le correspondió con una caricia, apretando su melena. Él se pegó más contra su cuerpo y hundió la cabeza entre la acogedora cabellera que se esparcía sobre la almohada; así se quedó dormido Roy Harrison, listo para acometer la misión espacial más grande que el hombre iba a emprender.



Powered by CamScanner

# *UN DÍA EN EL FUTURO*

Powered by CamScanner

—Cuéntanos una historia –pidieron sus sobrinos.

—¿Y luego el ordenador? –exclamó Robert —. Yo mismo me he entretenido escuchándolo a veces, y confieso que hay unas que sorprenden.

—Ay tío, ese viejo cacharro dice las mismas aburridas historias de siempre –espetó David, estudiante como su hermano de la academia Albert Einstein; estaban en periodo de vacaciones y casualmente el tío Robert les había llegado como caído del cielo.

—Por faa.. tío—dijo seguidamente Alejandro con un gesto de súplica —, cuéntenos algo diferente, que no tenga moraleja y que sea más de la vida real.

Reunidos en el segundo nivel de la casa en forma piramidal, Robert aceptó con la condición de que apagaran el televisor, cuyas imágenes tridimensionales danzaban delante de ellos; la orden fue acatada sin chistar palabra y en el cuarto todo quedó en silencio. Era la mañana del año 2300 y tanto, hacía un día espléndido, y si bien afuera el calor podía llegar a los 50 o 55°c, en la vivienda había un acondicionador automático de ambiente que funcionaba según la temperatura exterior, proporcionando el medio adecuado del usuario.

Robert se paró delante de ellos con los brazos cruzados sobre el pecho, se quedó mirando al frente pensativo con el índice en el mentón y los chicos se rebulleron en sus asientos adquiriendo cada uno una



Powered by CamScanner

posición estatuaria.

«Hace mucho tiempo –empezó —. cuando para ir de una nación a otra el hombre se veía en la necesidad de subir a pesadas naves, y que para cubrir una distancia por ejemplo entre Manhattan y Tokio, se gastaba entre diez y doce horas, el presi...

—¿Entre diez y doce horas? –se escandalizó David —. No lo puedo creer. ¡Qué aburrimiento! ¿Cómo harían para soportarlo?

—¿Hay algún ejemplar en los museos? –quiso saber Alejandro —. Querría ver uno.

—Temo que no; pero en las Fuerzas Especiales aun pueden conservar un tipo de modelo en miniatura.

—Cuando nos instalen un visor del tiempo, ¿podremos navegar hasta esa época? –exclamó emocionado David.

—La Cronoscopia está siendo hasta ahora estudiada en el congreso para su aprobación –explicó Robert —. Y aunque está lejos de ser aceptada, en el hipotético caso que la aprobaran, no todo el mundo tendría acceso a este medio, por lo demás que su capacidad es limitada y lo máximo que puede abarcar es siglo y medio.

—Oye tío –indagó otra vez Alejandro.

—Bueno –dijo Robert encogiéndose de hombros –, tengo un tiempo límite y si siguen interrumpiendo no podré terminar de contar la historia. Así que...

—Vamos tío—exclamó David codeando a su hermano—. Prometemos no interrumpir más, ¿cierto Alejo?

—Tú fuiste el primero en interrumpir –acoto Alejandro —; prosige tío.

Robert sonrió.

«Decía que el presidente del país, Alexander Froy,



Powered by CamScanner

propuso al consejo de ministros la creación de una máquina exterminadora, para la gente que voluntariamente después de solicitud debidamente aprobada por un comité—que estaría integrado por miembros de la curia, del Estado y del ente civil—, fueron aislados en sitios especiales y llevados posteriormente en fechas determinadas a la Gran Máquina Exterminadora.

El país estaba en crisis azotado por diferentes males, enfermedades y miserias; ante la avalancha de suicidios y de enfermos que querían de una vez por todas poner fin a sus vidas, y de tantos otros singulares casos, el proyecto fue aprobado y se construyó en un diseño especial, no hacia abajo dentro de la tierra como un horno, sino hacia arriba apuntando al cielo como una plataforma para lanzar cohetes, de una altura aproximada de doscientos metros con toda la tecnología del momento.

Creo que la primera vez se recibieron más de tres mil solicitudes, de las cuales fue aprobada casi la mitad. Estas eran estudiadas minuciosamente detalle por detalle, hasta comprobar todos los hechos referidos; aun así muchas eran rechazadas. Las que quedaban era porque realmente había una sinsalida en sus vidas. Naturalmente que antes se hizo una demostración a través de los medios audiovisuales, de la efectividad y potencia de la máquina. Una vez electrocutados y comprobado que todos estaban efectivamente muertos, eran pasados a la sala pulverizadora, donde en cuestión de minutos eran incinerados.

El ritual de ejecución era así:

Llegada la fecha, un grupo de agentes de las Fuerzas Especiales, trasladaba de los sitios de reclusión, bajo estrictas medidas de vigilancia, el personal que había



Powered by CamScanner

de ingresar a la Gran Máquina Exterminadora; algunos, ante la proximidad de la muerte, solían arrepentirse a última hora y se acobardaban. No valían súplicas ni cosas por el estilo, pues una vez aprobada la solicitud y aislados en sus lugares de espera, no había forma de echar pie atrás. En general, lo máximo que tenían que aguardar era dos meses, tiempo en el cual eran tratados con toda la benevolencia del caso, y periodo límite para que dejaran ordenados todos sus asuntos personales.

La Gran Máquina tenía unos parlantes inmensos por donde empezaba a fluir la más exquisita música de los autores universales. Música que relajaba y aquietaba el espíritu, en tanto se acercaba la ejecución. Una vez descendían de los buses, eran subidos en especie de ascensores hasta la boca de la Gran Máquina. Había tres salas de ejecución con capacidad para quinientas personas cada una.

No se sabe de nadie que haya sobrevivido a las potentes descargas eléctricas en las salas mortuorias, pero en los archivos hay consignados tres casos de personas que lograron escapar de los sitios de reclusión. Para explicar mejor y ver los motivos que ellos tenían de su fuga, nos ocuparemos del Historial Tres correspondiente al...»

Robert fue interrumpido, no esta vez por los chicos que seguían atentos el hilo de la historia sentados sobre la redondez de sendos canapés que semejaban pequeños globos, sino por la imagen tridimensional que se proyectaba sobre ellos, y requería la presencia en forma inmediata de Robert al otro lado del Atlántico en las oficinas de Investigación para el Medio Ambiente. Robert se disculpó con los chicos y se despidió de



Powered by CamScanner

ellos, prometiéndoles próximamente un viaje a Ceres, el asteroide recientemente colonizado.

—¿Cuál es el interés de los Exploradores en ese pequeño mundo? –exclamó Alejandro.

—Los metales y minerales principalmente.

—De verdad tío, preferiría ir a otro sitio más interesante que a esos pequeños corpúsculos celestes, habitados por robots en busca de platino –dijo indiferente David poniéndose en pie y acompañando a su tío a la Cabina de Transporte Molecular.

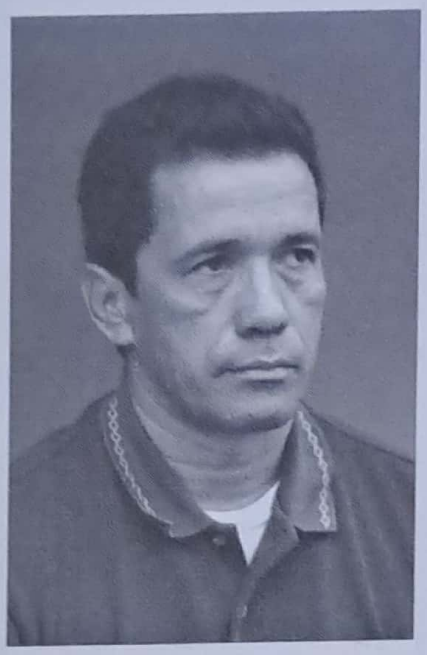
Robert Calló.

Como investigador del medio ambiente del sistema planetario tenía prioridades que cumplir allí; empero, tal vez les diera una sorpresa a final de año y los llevara a un paseo por los grandes valles de Marte, donde la comunidad científica había logrado una gran terraformación llevando a cabo el efecto de invernadero y finalmente el sembradío de árboles, que pronto harían de Marte un planeta habitable. Pero no quería dilatar la conversación, y haciéndoles un guiño entró a la cabina, marcó una dirección en el tablero de control, se encendió un mini-pantalla , apareció la imagen fresca y sonriente de una mujer, y a la voz de, «¿Acondicionado?», Robert exclamó: «listo», y apretando un botón, la cabina se sacudió envuelta en una especie de humo blancuzco, que poco a poco se fue diluyendo sin rastro de su ocupante.

Casi cinco minutos después, los chicos vieron la imagen bonachona del tío Robert, tele-dirigida desde el otro lado del Atlántico, en la que les recomendaba sobremanera no exponerse demasiado a los rayos solares sin sus trajes protectores.



Powered by CamScanner



De todo como en botica es lo que se encuentra en esta serie de relatos que nos presenta ***Hernando Gómez Villarraga*** bajo el título de ***EN CAUTIVERIO y otros cuentos de lo real y lo imaginario***. En efecto, entremezclados están el pasado, el presente y el futuro del mundo que nos toca. Relatos como *En cautiverio* nos muestran, por ejemplo, una cruda realidad que no necesita presentación. Por otro lado, en *Un artista del crimen* asistimos sobrecogidos de la mano del narrador, al asesinato de una mente alucinada. Son veinte historias, veinte pomos pacientemente tallados con todo el aroma de la vida dentro. Nadie que los lea podrá olvidar relatos como *Pasajeros de la muerte*, *Carita de macaco*, *Imágenes de la noche*, *Orson Flandes*, *Aventura amorosa*, *Viaje al Poblado*, *El tahúr*, *La carretera*, para nombrar solo unas cuantas, apenas, de toda esta tanda de narraciones.

Para completar su eficacia y variedad hay dos relatos de ciencia ficción: *Un día en el futuro* y *El hallazgo,* que hacen de este volumen una deliciosa mezcla de historias.

9 789589 538357

Powered by CamScanner